La Serie de Amor y Guerra

La Oscuridad que Dejamos Atrás

R.P.G. Colley



La Oscuridad Que Dejamos Atrás

La Serie de Amor y Guerra

R.P.G. Colley

rupertcolley.com/international/spain/

Versión en inglés con derechos de autor Rupert Colley 2024

Versión en español con derechos de autor Rupert Colley 2025

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes descritos en esta producción son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas) o con eventos reales es pura coincidencia.

Un tiempo para decir hola

Un suburbio parisino, octubre de 1968

Henri Moreau estaba frente al espejo en el estrecho pasillo de su apartamento, abotonándose su abrigo de gabardina. Hetty, su diminuta gata anaranjada, se frotaba contra su pierna. Era viernes por la mañana, su día favorito de la semana, el único día en que tenía algún sitio adonde ir, amigos a los que ver. Y, como extra, hoy él e Isabella esperaban la visita de su hija y su nieta. —¿A qué hora dijiste que estarían aquí?

Su esposa, desde el dormitorio, le gritó. —Por centésima vez, Henri, hacia la hora de comer, tal vez a primera hora de la tarde.

—Excelente —se dijo a sí mismo, enderezándose la corbata. ¿De verdad lo habría dicho cien veces? Probablemente, sí.

Isabella había dejado la radio encendida en la cocina. Él podía oír a un reportero informando desde los Juegos Olímpicos de Verano. Podría ser octubre, pero en México seguía siendo verano. Isabella apareció y se unió a él en el pasillo. —¿Por qué no invitas a tus amigos aquí algún día?

Qué idea tan terrible, pensó. —Estamos bien donde estamos. Estás guapa —dijo, cambiando de tema. Ella llevaba un vestido verde con una pequeña rebeca azul que él no había visto antes.

—Yo también he quedado con amigas. Estoy segura de que te lo dije. —Cogió su abrigo y su sombrero de ala ancha del perchero—. Vuelvo a la escuela el lunes, así que mejor disfrutar de la libertad mientras pueda.

Él se palpó los bolsillos, asegurándose de llevar los cigarrillos, el mechero y, por si acaso, un pañuelo. Hetty había desaparecido.

—¿Has oído las noticias, Henri?

—Sobre las Olimpiadas, sí.

—No, no las Olimpiadas. Sobre ese juicio.

—¿Qué juicio?

Ella lo apartó del espejo y ajustó el ala de su sombrero. —Sobre el colaborador.

—¿Qué pasa con eso?

—Oh, nada, Henri. Olvida que lo mencioné. Tú olvidas la mayoría de las cosas —añadió en voz baja—. Bien, ¿nos vamos juntos? Estoy lista si tú lo estás.

—Sí. Claro.

Juntos, tomaron el ascensor desde el cuarto piso hasta la planta baja.

La mañana estaba fría; había humedad en el aire y un viento cortante arrastraba las hojas caídas acumuladas en las aceras. Isabella siempre caminaba demasiado rápido para Henri, y él tenía que esforzarse simplemente para seguirle el paso. Ella saludó con la mano a un par de chicas en bicicleta que él supuso eran sus alumnas. Quería preguntarle con quién iba a encontrarse, pero temía que ya se lo hubiera dicho y que lo hubiera olvidado, de nuevo. Y de todos modos, tampoco le interesaba tanto. Solo habría estado haciendo conversación. Su memoria no siempre había sido tan mala. Pero sí recordaba que Suzanne y Ruby llegarían en algún momento hoy. ¿Isabella dijo a la hora de comer? No estaba seguro. No podía esperar. No había visto a su nieta desde hacía seis meses. Vivían al sur, en Aix-en-Provence, a unos setecientos kilómetros de distancia. Ruby ya tenía seis años. La misma edad que... No, no podía pensarlo. Pero la comparación era natural; lo hacía constantemente, miraba a los ojos de su pequeña nieta e intentaba ver el parecido. Trataba de evitarlo, pero el impulso era siempre demasiado fuerte.

Se acercaban a la estación de Metro. Cerca, junto a un pequeño parque, se alzaba la estatua de algún hombre del siglo XIX con una larga capa, un antiguo alcalde del distrito, cuyo nombre Henri nunca recordaba ni por qué merecería una estatua. De hecho, nadie lo sabía, pero se había convertido en un punto de encuentro, y efectivamente, Henri divisó a un hombre paseando por el camino arenoso frente a la estatua, consultando su reloj.

Llegaron a la estación de Metro. —Bueno, que tengas un buen día —dijo Henri.

—Igualmente. ¿Estarás bien?

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de estarlo?

Isabella tiró de la solapa de su abrigo. —Ya sabes por qué. —Le dio un beso en la mejilla y descendió hacia la estación, lanzándole una última mirada por encima del hombro—. Te veré esta noche.

Henri la observó bajar las escaleras. Sí, pensó, sabía por qué le había preguntado eso. Isabella sabía en qué estaba pensando. Pensaba en ella todos los días, vivía con ese dolor continuamente como si tuviera una piedra permanentemente alojada en la boca del estómago. El tiempo no aliviaba el dolor; si acaso, parecía magnificarse a medida que envejecía. Y hoy especialmente era difícil, porque hoy, 17 de octubre, habría sido su cumpleaños. Algunas cosas nunca se olvidan.

El café estaba apenas a unos doscientos metros más abajo en la calle. Con las manos en los bolsillos, miró al cielo y las oscuras nubes que pasaban rápidamente. Oyó un chillido de risa; el hombre de la estatua estaba abrazando a una mujer con tal intensidad que la había levantado del suelo. Henri sonrió mientras paseaba; qué agradable debía ser estar tan enamorado, estar tan feliz al encontrarse con alguien. Pasó por delante de su barbería, donde iba cada dos martes. Jacques, el barbero, un enano, necesitaba subirse a una caja de madera, pero sabía manejar las tijeras. Jacques cruzó su mirada con la de Henri y levantó el ala de un sombrero invisible a modo de reconocimiento.

Un par de hombres resistentes estaban sentados fuera del Cafe du Flore. Dentro, el café estaba medio lleno, principalmente de hombres mayores, como él, en su mayoría sentados solos, disfrutando de una taza de café y un cigarrillo, leyendo sus periódicos. Un par de hombres jugaban a las damas, inclinados hacia delante en sus sillas, profundamente concentrados. La radio emitía música pop de fondo. Se deslizó por el suelo bicolor blanco y negro y colgó su abrigo y sombrero en el perchero, mirándose en el gran espejo con el logo de Coca-Cola. —Buenos días, Jean —dijo al camarero detrás del mostrador—. ¿Soy el primero?

—No, señor, ya están aquí.

Efectivamente, Henri encontró a sus tres amigos sentados en su mesa habitual en uno de los reservados, bajo una lámpara colgada con una gran pantalla con estampado floral. En la pared detrás de ellos, una gran tabla de madera con la pintura de un gallo multicolor. Un ejemplar de Le Monde yacía doblado sobre la mesa. —Buenos días, señores.

Estrechó la mano de sus amigos: Gustave Garnier, Roger Béart y Antoine Leclerc.

—¿Pedimos? —preguntó Garnier, empujando sus gafas hacia arriba—. ¿Lo de siempre? —Todos estuvieron de acuerdo con lo de siempre: café negro y un gran bollo cada uno.

Jean, el camarero, tomó su pedido, memorizándolo.

Gustave Garnier había sido profesor y, según su propia confesión, no particularmente bueno. La literatura francesa era su asignatura principal, un conocedor de la poesía francesa del siglo XIX con algo de Shakespeare añadido. Llevaba una chaqueta marrón ceniza con parches en los codos, los parches cubiertos de grasa, y gafas marrones de montura gruesa. Él, como Moreau, tenía unos cincuenta y cinco años.

Roger Béart era unos quince años mayor que los otros dos. Había luchado con la caballería francesa durante la Gran Guerra, sirviendo en el desierto palestino. Llevaba su edad como una insignia de honor: su rostro muy arrugado, sus cejas demasiado pobladas, su bigote descuidado.

Antoine Leclerc, el más joven entre ellos, un arquitecto autónomo que, solo ocasionalmente, se unía a ellos en sus encuentros de los viernes por la mañana. Los demás, incluido Henri Moreau, eran, según su propia admisión, viejos canosos mientras que Leclerc aún veía la vida como algo emocionante y anticipaba el futuro con cierto optimismo.

—¿Habéis visto esto? —preguntó Béart, el hombre mayor—. Dos atletas negros en las Olimpiadas. —Empujó el periódico a través de la mesa.

La fotografía de portada mostraba a tres atletas en el podio, dos de ellos negros, ambos con las manos levantadas en el aire, sus cabezas inclinadas. —¿Están usando guantes?

—Es el saludo negro —dijo Garnier—. Ya sabes, poder negro y todo eso.

—Están defendiendo lo que creen —dijo Leclerc, el más joven—. Eso requiere valor, ¿no creéis?

—No le veo el sentido —dijo Garnier.

—¿No le ves el sentido? —dijo Leclerc—. Cristo, hombre. Si más personas se plantaran como estos hombres...

—Como deberíamos haber hecho nosotros, quieres decir.

—Sí, bueno. Quizás.

—No todos podemos ser héroes —dijo Moreau.

Un solitario vitoreo estalló cerca. Uno de los hombres había ganado su partida de damas.

—Vuestros cafés, señores. —Jean depositó sus cafés y bollos—. Si os quedáis más de una hora, tendréis que pedir algo más.

—No te preocupes, joven —dijo Béart.

Jean, que no tenía un día menos de sesenta años, levantó una ceja. Metiendo la bandeja bajo el brazo, vio el periódico con la foto de los atletas negros. —Deberían quitarles las medallas por ese pequeño acto de desafío. Malditos negros, no se puede confiar en ellos.

—Sí, gracias, Jean. Te llamaremos cuando necesitemos algo.

—Huh.

Lo observaron retirarse hacia el mostrador. Garnier tomó un cuchillo y delicadamente cortó su bollo. —¿Habéis visto esta otra noticia, sobre el juicio de esa mujer?

—¿Qué mujer? —preguntó Béart.

Garnier, cogiendo el periódico, leyó en voz alta: —Sus víctimas la llamaban «La Dama de la Porra»; infame por blandir su porra contra los internos judíos en el campo dirigido por los nazis en el suburbio parisino de Drancy. Durante veintitrés años ha eludido la justicia, pero ayer en Le Palais de

Justice, Hilda Lapointe, de sesenta y ocho años, antigua guardia del campo de internamiento durante la guerra, fue declarada culpable y condenada a cinco años por maltrato y crímenes de guerra.

—¿Drancy? ¿Has dicho... Drancy? —preguntó Moreau.

—Me has oído. ¿No has leído sobre esto? Cristo, ¿dónde has estado, Henri?

—Vive bajo una roca —dijo Béart.

—Ha sido noticia de primera plana toda la semana —dijo Garnier—. Aquí... —Le pasó el periódico a Moreau. Moreau miró la foto policial de la mujer.

—No he oído hablar de esto. Creo que mi mujer lo mencionó esta mañana, pero... —Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Miró su plato, sin querer mirar a su amigo a los ojos.

—¿Estás bien, Henri? —preguntó Leclerc—. ¿No te gusta tu bollo?

—No, no, está... Estoy bien.

—¿Cinco años? —dijo Béart—. ¿Es todo? Cinco años no es nada. Saldrá en tres. Si fuera por mí, la colgaría, a la zorra. Cualquier francés, o francesa, que hiciera el trabajo de los nazis por ellos debería ser ahorcado, en mi opinión.

Ahora era el turno de Garnier de desviar la mirada. —No siempre es blanco o negro, ¿sabes, Roger?

Béart hizo un sonido de pfft mientras se lamía las yemas de los dedos.

—Lo interesante —dijo Garnier— es que su amigo, el director de orquesta, la defendió.

—¿Qué director de orquesta? —preguntó Moreau.

—No recuerdo su nombre. Todo el mundo le llama simplemente «El Maestro».

—¿Qué dijo, este Maestro?

—Puedes leerlo aquí. Básicamente, ella le ayudó durante la guerra, así que él se presentó en el tribunal como testigo de su buen carácter.

Béart se rio. —Bueno, ahí se ha ido su carrera. Se lo merece, el estúpido cabrón. Espero que Hilda Lapointe aprecie el esfuerzo.

—Lo dudo —dijo Leclerc.

Moreau echó un segundo vistazo a la fotografía de Hilda Lapointe. Parecía tan segura de sí misma, pensó, tan dura, como una mujer con un alma implacable. Sus ojos le taladraban, desafiantes, fríos, calculadores. Tembló ligeramente. Solo mirarla le produjo escalofríos. Dio un gran trago de café y, dando la vuelta al periódico, volvió a mirar la foto de los atletas negros. Con eso podía lidiar; su imagen no le helaba la sangre, la palabra «Olimpiadas» no le secaba la garganta como oír o ver ese nombre tan odioso: Drancy.

—Escuchad —dijo Béart, golpeando la mesa con el dedo—, cualquiera que trabajara en Drancy era un cabrón. Ese lugar era simplemente un campo de detención para los judíos antes de enviarlos a Auschwitz. Oh, la gente que trabajaba allí puede negarlo todo lo que quiera, pero lo sabían, maldita sea, lo sabían.

Moreau se sorprendió tanto a sí mismo como a sus compañeros cuando golpeó la mesa con la mano. —¡Basta, ¿quieres?! ¡Deja de hablar de ello, ¿vale?!

Béart y Garnier intercambiaron miradas cómplices. —Caramba, Henri, ¿qué pasa? —preguntó Garnier.

—Hemos tocado un punto sensible —dijo Béart—. Eso es lo que ocurre.

—Déjalo ya, ¿quieres?

Moreau sintió una mano que se posaba en su manga. Era la de Leclerc. No la quería allí, no quería la preocupación del joven. —¿Te ha alterado algo, Henri? ¿Es toda esta charla sobre Drancy?

—No, por supuesto que no.

—Yo estuve allí, ¿sabes?, en Drancy. ¿Estuviste tú en Drancy, Henri? ¿Trabajaste allí?

—¡No!

Béart negó con la cabeza.

Leclerc retiró su mano de la manga de Moreau. Los cuatro hombres sorbieron sus cafés en silencio, incapaces de mirarse unos a otros. Béart encendió un cigarrillo. Garnier dio la vuelta al periódico doblado y lo dejó en medio de la mesa, rodeado de sus platos llenos de migas, con la foto de Hilda Lapointe mirándolos fijamente.

Una familia de cuatro entró en el café, abriendo la puerta y trayendo el frío con ellos, las dos niñas pequeñas inmediatamente aligerando el ambiente. Tomaron una mesa cerca de la puerta y las niñas discutieron sobre quién se sentaba dónde. El padre le dio una palmada en el muslo a una, la más cercana. La niña se mordió el labio inferior, tratando arduamente de no llorar mientras la madre reprendía al padre, quien lanzaba sus manos al aire con exasperación.

Los jugadores de damas habían guardado su juego y ahora se reclinaban en sus sillas y hablaban unos sobre otros.

El padre de la familia intentaba pedir, pero Jean seguía negando con la cabeza, como diciendo que se les había acabado esto y aquello. Moreau podía sentir la frustración del hombre, incluso a esa distancia.

Entonces Moreau habló. No lo había planeado; de hecho, había planeado no decir absolutamente nada, pero las palabras parecieron escapársele, silenciosamente, sin aspavientos. —Sí —dijo—. Estuve en Drancy. Brevemente. Ni siquiera un día, pero sí, estuve allí.

Miró hacia su regazo, pero por el rabillo del ojo, podía ver a Garnier y Béart intercambiar miradas de nuevo. Béart se tocó la sien.

—No tienes que contárnoslo, Henri —dijo Leclerc.

—¿Por qué no? —dijo Béart—. Si quiere hacerlo, que lo haga. Quiero decir, ¿cuánto tiempo llevamos reuniéndonos aquí?

Moreau lo miró y se dio cuenta de que el hombre estaba sudando, su piel brillaba bajo la débil luz de la lámpara. —Lo suficiente —dijo.

—Exactamente. Nos conocemos desde hace tiempo...

—Pero ¿somos amigos? —preguntó Leclerc—. ¿De verdad? Ni siquiera te caemos bien, Roger.

Béart se rio. —Antoine, eres un sentimental idiota. Y tú, Gustave, he conocido renacuajos con más agallas que tú...

—Gracias.

—Pero ¿qué soy yo sino un viejo cabrón amargado que vive solo, sin nadie con quien hablar día tras día? Entonces, ¿sois mis amigos? —Miró de Moreau a Garnier a Leclerc—. Sí, sois mis amigos. ¿Y por qué? Porque a cada uno de nosotros nos falta algo aquí dentro —dijo, golpeándose el corazón—. Tenemos mucho en común con este director, este Maestro. Es uno de los hombres más famosos de Francia, pero aún no puede liberarse de lo que le sucedió durante la guerra. Y ahora lo ha destruido. Todos somos viudos —o viudos— de la guerra, cada uno de nosotros. Aunque, para mí, no fue la última guerra la que me deshizo, sino la anterior. El resultado es el mismo. Así que los tres, a veces cuatro, nos reunimos aquí todos los viernes y hablamos y hablamos, y yo lo espero con ilusión. Pero no sabéis nada del agujero que hay donde solía estar mi corazón, y yo no sé nada del tuyo, Moreau, o del tuyo, Garnier. Pero está ahí. Lo sé; todos lo sabemos. Pero nunca le damos voz. Y, ¿sabéis?, creo que este director podría ser más feliz ahora que nunca. Sí, su reputación ha sido destruida, pero quizás este juicio finalmente lo ha liberado de sus demonios. Y creo que es hora de que nosotros también nos liberemos de los nuestros.

—¿Qué estás diciendo, Roger? —preguntó Garnier.

—Que confesemos.

—¿Confesar?

—Sí. Se necesita a un hombre que ha sido devorado desde dentro para verlo en otro. Nos sentamos aquí cada semana y lo hemos hecho durante años. Declaro que ha llegado el momento.

—Dios mío, hombre, tienes razón —dijo Leclerc—. ¿Qué dices, Henri?

—Mi nieta llega esta noche. O a la hora de comer, no recuerdo ahora.

—¿Y?

—Si ella supiera, si mi hija supiera lo que hice, nunca más volverían a hablarme. —Retorció una servilleta entre sus dedos—. Pero tienes razón. Os contaré mi historia; eso si estáis seguros.

Béart asintió. Garnier sonrió. —Quizás deberíamos pedir otra ronda de café primero antes de que Jean nos eche.

La historia del cartero

16 de julio de 1942. Henri Moreau, como era su rutina a las ocho de la mañana, estaba en su bicicleta repartiendo el correo. Ya llevaba trabajando hora y media. Era una luminosa mañana de verano, el cielo de un azul zafiro. La gente le saludaba con la mano. La imagen del cartero haciendo su ronda diaria era una presencia reconfortante. Pensaban que su trabajo era fácil; una forma agradable y sociable de ganarse la vida. Un trabajo que podía terminar antes del almuerzo cada día. No apreciaban que Moreau tenía que levantarse y salir de la cama a las cinco y media cada mañana, seis días a la semana, cincuenta y dos semanas al año. No estaba tan mal en esta época del año, pero todos esos madrugones fríos durante el invierno eran realmente agotadores. No le veían pedaleando en la oscuridad, a menudo bajo la lluvia, el frío y el aguanieve, mientras ellos seguían acurrucados en la cama o disfrutando de un cálido desayuno frente al fuego. No se daban cuenta del peso de su cartera de correo y la tensión física que provocaba en sus hombros envejecidos. Y el trabajo conllevaba una responsabilidad. La gente, los negocios, las tiendas... no apreciaban lo dependientes que eran de que él hiciera su trabajo y lo hiciera bien. La única vez, la única y sola vez, que se le cayó una carta, la encontró algún mocoso de la escuela y la entregó en la oficina de correos. Y entonces se armó un escándalo. Pero lo que realmente le irritaba era cuando la gente le acusaba de ser un colaborador porque tenía que entregar el correo alemán. El correo era correo, en su opinión.

En general, sin embargo, Henri Moreau estaba contento con la vida. La ocupación alemana, por dolorosa que fuera de ver, era soportable, y la vida en casa era acogedora. Pero estaba preocupado, profundamente preocupado, porque su mujer era judía y, por lo tanto, también lo era su hija, Marguerite, de seis años. Llevaban diez años casados, él y Liliane (Lilly), y, si se ha de decir la verdad, solo Marguerite les mantenía unidos. Hasta hace poco, el judaísmo de su mujer no era algo que le hubiera preocupado. Ni a nadie más. Ella era simplemente una francesa, Marguerite solo una niña francesa. Luego llegaron los alemanes. Sin embargo, los alemanes en esta zona habían sido más relajados que sus primos urbanos, así que aunque era consciente de la judía con la que se había casado, no era un problema. Pero

las cosas habían cambiado. Seis meses antes, había llegado el edicto del gobierno: todos los judíos estaban obligados a llevar una estrella amarilla en su ropa, con la palabra Juif claramente escrita en ella. Aquellos que no lo hicieran y fueran descubiertos se enfrentaban a duros castigos. Ahora, personas que habían sido bastante amables con Lilly le daban la espalda o cruzaban al otro lado de la calle con la nariz levantada como si les ofendiera un olor desagradable; Marguerite era rechazada en la escuela, obligada a sentarse en la parte trasera, evitada durante el recreo. Él no era antisemita, se decía a sí mismo, pero aun así... Aun así, no podía evitar sentirse avergonzado de alguna manera. Avergonzado de haberse casado con una judía.

En esta cálida mañana de julio en particular, Moreau, vestido con pantalones cortos y una camisa con cuello desabotonada en la parte superior y su gorra de cartero, pedaleó el kilómetro que separaba su casa de la oficina de correos, recogió su saca postal, intercambiando cortesías, como siempre, con la administradora de correos, y luego comenzó con sus entregas. Como cualquier otra mañana durante estos últimos doce años. Solo que esta mañana era ligeramente diferente. Hoy era el primer día de las vacaciones escolares. Marguerite estaba fuera de sí de emoción: nada de escuela durante dos meses enteros, nada de acostarse temprano, todo un verano para jugar con sus amigos en las calles, al menos con aquellos que aún podía considerar sus amigos. Pero el comienzo de las vacaciones de verano no era la única razón por la que esta mañana iba a ser diferente. Esta mañana vería cómo la vida de Henri Moreau, tal como la conocía, llegaba a su fin.

Todavía eran solo las ocho; Moreau había completado aproximadamente un cuarto de sus entregas. Había algo extraño en el aire; podía sentirlo, y fuera lo que fuese no le gustaba. Al girar hacia una ancha calle residencial, todavía a la sombra, escuchó ruidos, parecían gritos. Un autobús de color verde y crema se había estacionado a un lado de la calle, y algunos policías salieron... no, no algunos, sino muchos. Tantos policías. Frenando hasta detenerse, Moreau se preguntó qué tipo de criminal vivía en la ciudad para justificar un número tan grande de policías. Vio a un hombre con chaqueta negra tirado al suelo, su boina volando por los aires, gritando. Con las manos sobre la cabeza, el hombre se encogió mientras un policía le

golpeaba en la espalda con su porra. Moreau dejó que la saca se le deslizara del hombro y cayera sobre la carretera con un golpe sordo y pesado. Un momento después, apareció una mujer de la casa, con un policía a cada lado, gritando, su rostro lleno de terror. Los transeúntes se apresuraron a alejarse. Una pareja se detuvo junto a Moreau, lo suficientemente cerca para ver lo que ocurría pero a una distancia segura. Apareció otro policía, este llevando a un niño que lloraba a gritos. La mujer gritaba pidiendo a su hijo. Un policía le dio un golpe en el estómago, doblándola sobre sí misma. Moreau y los demás se estremecieron.

—¿Qué está pasando? —preguntó Moreau, más para sí mismo.

Un hombre a su izquierda dijo: —¿No te has enterado? Están arrestando a todos los judíos.

Entonces Moreau lo vio: la familiar estrella amarilla brillando sobre la chaqueta negra del hombre. Había otros policías en la entrada del autobús. El hombre, la mujer y el niño, los tres llorando, fueron arrastrados hacia el autobús y uno por uno físicamente obligados a subir los escalones y empujados al interior.

—¿Están arrestando a los judíos? —preguntó Moreau, con el corazón palpitando, pensando en su hija—. ¿Incluso a los niños? ¿Por qué? ¿Qué han hecho?

—Lo sé, es despreciable, ¿verdad?

Con voz estridente, una mujer a su derecha dijo: —Se lo merecen, si quieres mi opinión; malditos parásitos.

Moreau se volvió para mirarla. Era una mujer respetable, bien vestida; el tipo de persona que, antes de la guerra, nunca habría pensado, y mucho menos dicho, tal cosa.

A finales de 1940, las autoridades francesas habían obligado a todos los judíos a registrarse. Moreau había acudido obedientemente el día señalado y registrado a su esposa e hija. Ahora lo estaba lamentando.

Los policías estaban corriendo, sus pies pesados sobre los adoquines, desapareciendo por una estrecha calle lateral.

—¿Adónde van ahora? —preguntó Moreau, aunque conocía la respuesta.

—Saben dónde viven todos los judíos —dijo el hombre.

—Bien —dijo la mujer—. Deberían haber hecho esto hace años.

—Dios mío. —Se sintió mareado por un momento. El mundo parecía desenfocarse.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó el hombre.

—¿Qué? —Marguerite. Algo invisible parecía estar ahogándole, apretando su garganta—. Tengo que irme... —dijo sin aliento. Torpemente, giró su bicicleta, encarándola hacia el camino por el que acababa de venir. Tenía que llegar a casa. Antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras se alejaba pedaleando, oyó al hombre gritarle: —¡Eh, espera, te has olvidado del correo!

—No puede dejarlo aquí simplemente —llegó la voz estridente de la mujer.

Henri Moreau había estado en su bicicleta todos los días, excepto los domingos, durante años y años. Sin embargo, nunca, hasta este momento, la había montado a tal velocidad. Pero por Dios que lo hizo ahora. Poniéndose de pie sobre los pedales, aceleró por las calles, rodeando esquinas y curvas cerradas, en sentido contrario por una calle de dirección única, pasando por las tiendas, adelantando a coches de movimiento lento, a un caballo con carro y a otros ciclistas. Pasó por delante de otra familia de judíos, gritando, histéricos, siendo sacados de sus casas por un grupo diferente de policías. Siguió adelante, la brisa haciendo que sus ojos lagrimearan, su corazón palpitando por el esfuerzo y el miedo. Podía oír sirenas, más gritos, un coche frenando bruscamente, una motocicleta con sidecar. Todo estaba sucediendo a su alrededor, pero aun así, continuó. Nadie se fijó en el cartero que pasaba a toda velocidad en su bicicleta.

Finalmente, llegó a su calle. No había policía aquí... todavía. Gracias a Dios. Vivía no lejos del centro de la ciudad en un apartamento de cuatro pisos con dos dormitorios que daba a un patio adoquinado. Tomó la curva hacia el patio a toda velocidad, bajo un arco, derrapando dramáticamente hasta detenerse. Dejando su bicicleta tendida en el suelo, con la rueda

delantera aún girando, saltó y corrió hacia el interior. Jadeando pesadamente, corrió hacia el vestíbulo, pasando por delante de las filas de buzones metálicos, esquivando a la señora Blanchet, la conserje, con las mangas remangadas, un cubo de agua acunado en el pliegue de su brazo. —¿Todo bien, señor Moreau? —preguntó con su tono afilado. Ignorándola, el cartero subió a saltos por las oscuras escaleras, tomando dos escalones a la vez, llegando al cuarto piso.

Buscando torpemente sus llaves, consciente del sudor que goteaba de cada poro, abrió la puerta principal. Cerrándola de golpe tras él, llamó: —¡Lilly! ¡Marguerite! —No hubo respuesta. El apartamento parecía extrañamente silencioso. Nadie en la cocina; nadie en la sala de estar... los juguetes de Marguerite esparcidos por todas partes, como siempre, una muñeca aquí, un osito allá. Su corazón se detuvo... Dios mío, se las han llevado. —Por favor, no. —Volvió a llamarlos, oyendo el pánico en su voz. Intentando recuperar el aliento, corrió de nuevo a la cocina, como si pudiera haberlos pasado por alto la primera vez, de vuelta a la sala de estar, a ambos dormitorios. Todo parecía estar en su sitio; ningún signo de lucha; el osito de peluche favorito de Marguerite, Lanky, con su jersey rojo y amarillo, caído sobre su almohada donde lo dejaba todos los días; las cosas del desayuno guardadas, todo en orden. Intentó pensar... ¿dónde podrían estar a esta hora de la mañana? La señora Giono... le preguntaría a su vecina. Dejando la puerta de entrada entreabierta, salió corriendo al pasillo y llamó furiosamente a la puerta de su vecina. La señora Giono, la joven viuda italiana, por quien siempre había sentido debilidad, respondió, preocupada por la frenética llamada de Moreau. —¡Dios mío, Henri!, ¿hay un incendio? —Sostenía un gato negro comatoso contra su pecho.

—Señora Giono...

—Isabella, por favor.

—Isabella. ¿Has visto a Lilly o a Marguerite? —preguntó apresuradamente, consciente de su falta de aliento pero aún así, incluso en este momento, consciente de que, como siempre, ella se veía divina en su bata de seda—. ¿Las has v-visto?

—No, ¿debería? ¿Está todo bien, Henri? —Pasó un dedo por la solapa de su chaqueta de cartero.

Dios, era sexy. —¿Ha llamado alguien por nosotros? ¿Oíste algo?

—No. ¿Por qué, debería...

—Gracias —dijo—. Lo siento, señora Giono, Isabella, debo darme prisa. Por cierto, estás preciosa.

—Vaya, gracias, Henri —dijo, acariciando al gato.

Saldría a buscarlas. No, ¿y si volvían mientras tanto? Tenía que quedarse, tenía que esperarlas. ¿Dónde demonios estarían? ¿Adónde podrían haber ido? Se sentía débil de miedo, con tanta energía, pero nada que pudiera hacer. De una habitación a otra, caminaba de arriba abajo sintiéndose como un animal enjaulado, atrapado y asustado, muy asustado.

Desde fuera, escuchó un motor. Mirando por la ventana de la cocina, su corazón dio un salto al ver la motocicleta con sidecar detenerse en el patio. Aparcando en la calle, más allá del arco, vio el autobús verde y crema, varios policías franceses bajándose. Se apartó de la ventana, su respiración viniendo en rápidas ráfagas. Entonces, en ese mismo momento, oyó la llave en la puerta... habían vuelto. Lilly entró corriendo en el apartamento, su abrigo revoloteando, dejando caer una bolsa de comestibles en el pasillo, con Marguerite detrás de ella. —Henri —gritó—. ¿Qué hacemos?

—Yo... no lo sé.

—Están fuera. No hay escapatoria.

—Cierra la puerta con llave. Con doble llave.

—Papá, ¿qué está pasando?

—No estoy seguro, c-cariño. Probablemente no sea nada de lo que preocuparse.

—¿Por qué está llorando Mamá?

—No estoy llorando, cariño —dijo Lilly, intentando ocultar el miedo en su voz—. Ven, vamos a sentarnos. Quizás un poco más tarde podamos

empezar con ese puzzle tuyo.

Henri la observó quitarse el abrigo, vio cómo hizo una mueca ante la odiada estrella. Metiéndola en el pequeño armario del pasillo, se volvió hacia él, con la cara enrojecida por las lágrimas. —No hay nada que podamos hacer, ¿verdad? Estamos atrapados como ratas.

No sabía qué responder. Entonces lo oyeron: pasos en las escaleras, docenas y docenas de ellos, eso parecía, pasos en el rellano, deteniéndose frente a su puerta. Un momento de silencio. Luego el fuerte golpe contra la puerta. —Policía. Abrid —dijo la voz desde fuera.

Marguerite buscó la mano de su madre. Henri se llevó el dedo a los labios. Otro golpe, aún más fuerte. —Abrid. Todos los judíos están sujetos a arresto.

—¿Qué significa arresto, Mamá? —susurró Marguerite.

—Ellos... solo quieren hablar con nosotros.

Los golpes en la puerta continuaron, una y otra vez, un constante aporreo.

—Haz que paren —dijo Lilly, con las manos sobre sus oídos.

—No sé qué hacer. Lo siento.

Agarrándolo por la camisa, dijo: —No nos abandones, Henri Moreau. Haz lo que tengas que hacer, solo sálvanos. Y si no puedes... —Secándose las lágrimas, continuó—: si no puedes salvarme a mí, sálvala... sálvala a ella.

Intentó hablar, pero solo logró asentir, mordiéndose el labio, desesperadamente intentando no llorar delante de su hija.

Los golpes de repente cesaron. Moreau contuvo la respiración, sabiendo que aún estaban en el rellano.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Marguerite, escondiéndose detrás de su madre, aferrándose a su falda, con voz apenas audible.

Le tomó unos segundos descifrarlo. —Están abriendo la puerta con llave.

Lilly cerró los ojos con fuerza. —La señora Blanchet... les ha dado la llave. La muy zorra.

Y entonces estaban allí; la puerta abriéndose de golpe, un hombre con gabardina en su pasillo, dos hombres uniformados detrás de él con sus gorras de visera y capas. —¿Monsieur Moreau? —preguntó el oficial, mostrando un papel.

Moreau no podía hablar.

Marguerite se aferraba a la falda de su madre. Lilly extendió la mano hacia atrás, tomando la mano de su hija. —¿Qué es lo que queréis? —preguntó, incapaz de ocultar el temblor en su voz.

—¿Señora Moreau? Estáis todos bajo arresto.

—La niña no —dijo Moreau—. S-seguramente la niña no.

—Los tres.

Los dos hombres uniformados se deslizaron detrás de ellos, rostros sombríos bajo sus gorras de visera, bocas impasibles.

—Tú —dijo el oficial, señalando a Lilly—. Prepara una pequeña maleta para los tres. Solo lo esencial. Tenéis dos minutos.

Ella dudó como si no entendiera la instrucción.

—¡Vamos, ya! —gritó él.

Espoleada a la acción, tomó a Marguerite de la mano y corrió hacia el dormitorio, con los uniformes siguiéndola.

Al quedarse a solas con el oficial, Moreau tuvo que hablar. Mirando hacia el dormitorio, se volvió y susurró: —No podéis arrestarme. Mi mujer es judía pero yo no.

El oficial frunció el ceño. —¿No lo eres?

—Mira, mi abrigo. —Sacando su abrigo del armario, lo giró y retorció para mostrarle al oficial el bolsillo del pecho donde debería haber estado la estrella amarilla.

—Eso no prueba mucho. De todos modos, estás en mi lista así que no hay nada que pueda hacer. Puedes hablar con alguien más adelante; intentar aclararlo.

—¿Y ellas?

—No hay salida para eso. Pero tú... seguro. ¿Dónde están tus documentos?

Se los hubiera mostrado, pero justo en ese momento regresaron Lilly y Marguerite, una pequeña maleta negra en la mano de Lilly; Lanky, el osito de peluche, en la de Marguerite.

—Aquí, déjame —dijo Moreau, alargando la mano hacia la maleta.

Con los abrigos puestos, los seis descendieron las escaleras, el oficial delante, los dos uniformados en la retaguardia. Entre el primer piso y la planta baja, adelantaron a la señora Giono que bajaba las escaleras. Ella pegó su espalda a la pared, con la boca abierta, mientras los Moreau y su escolta pasaban. Nadie habló, pero Moreau sintió que su cara se ponía roja; no había querido que ella presenciara su momento de humillación. Al pie de las escaleras, observándolos descender, estaba la señora Blanchet, limpiándose las manos en el delantal, una sonrisa maliciosa pegada en su rostro arrugado.

Fuera, empujaron a los Moreau hacia el autobús que esperaba.

Mirando atrás, Henri Moreau vio su bicicleta tirada en el patio adoquinado. Tanta gente no recibirá sus cartas hoy, pensó; les he fallado a todos.

*

El autobús estaba abarrotado de judíos, la mayoría cargando bolsas o pequeñas maletas. Jóvenes y ancianos, abuelos, decrépitos, bebés en brazos, judíos juntos, llorando, suplicando inútilmente unos a otros, sin conocer su destino.

Su ciudad pasaba ante ellos: las calles familiares, las tiendas, los bloques de apartamentos, los cafés, la oficina de correos, la biblioteca, gente ocupada en sus actividades cotidianas sin darse cuenta de que el autobús que pasaba estaba lleno de personas desesperadas y asustadas. Moreau se preguntó si volvería a ver su ciudad o su hogar. El viaje en autobús fue breve, no había más judíos que recoger; los Moreau eran los últimos. Diez minutos después de dejar a los Moreau, estaban en la estación de tren. El aparcamiento de la estación estaba lleno de autobuses verdes y crema, cientos de judíos

descendiendo, todos con sus estrellas amarillas, todos menos Henri Moreau, con una fuerte presencia policial rodeándolos. Un tren les esperaba, el sol brillando sobre su locomotora, ya emitiendo nubes de vapor en preparación para la partida.

Henri Moreau nunca se había dado cuenta de que hubiera tantos judíos viviendo en su ciudad, hasta que oyó a alguien decir que venían de otra ciudad a unos diez kilómetros al norte. Así que eso lo explica, pensó; la policía había lanzado sus redes muy lejos. Todos, cada uno de ellos, parecían pequeños y disminuidos. Había llanto, por supuesto, lamentos lastimeros, pero nadie protestaba, como si todos supieran que hacerlo era inútil. La policía simplemente tenía que conducirlos a los trenes, nadie tenía que ser forzado, no se necesitaba coacción. Corderos al matadero.

Marguerite se aferraba a la mano de su madre, Lilly a la suya. Habría intentado tranquilizarlas, pero era inútil. ¿Qué podía hacer él, incluso como gentil, frente a esta bárbara eficiencia? Quería gritar: "¡No soy judío! ¡No soy un maldito judío!". En el apartamento, el oficial había dicho que debería hablar con alguien. Pero no había nadie con quien hablar, nadie al mando. Quizás si pudiera entrar en la estación, en la sala de billetes o en algún sitio, encontraría a alguien con quien hablar, alguien con autoridad. Al subir los escalones del tren, su mano soltó momentáneamente la de ella.
—Henri, por favor —gritó ella, extendiendo su mano hacia él.

—Lo siento —murmuró. Sabía con una repentina y profética certeza que mientras permanecieran juntos, estaba prácticamente muerto. Una vez la amó, y quizás, de alguna manera, todavía lo hacía, pero no lo suficiente como para renunciar a su vida. No lo suficiente. Tenía que hacer algo para perderla.

De repente, Marguerite soltó un grito ensordecedor. —¡Lanky! ¡He perdido a Lanky!

—Henri —instó Lilly—. Tienes que encontrar a Lanky.

—¿Qué?

Marguerite rompió a llorar.

—Sí, por supuesto. —Apartando a alguien, saltó de los escalones.

Podía ver el oso en el suelo, pisoteado en la tierra, pero un policía se le echó encima en un instante. —Eh, ¿qué estás haciendo?

—Mi hija, se le ha caído...

—Vuelve a subir —dijo el policía llevando la mano a su funda.

—Papá...

—Está justo ahí...

—Henri, date prisa...

—Solo me llevará un minuto. —Esquivando al policía, logró agarrar el oso. Al darse la vuelta, no lo vio venir, solo fue consciente de tambalearse hacia atrás, caer de rodillas, del dolor punzante sobre su ojo.

Gimiendo, con la mano sobre la cuenca del ojo, Moreau se levantó, aferrándose al oso.

La gente le dejó pasar mientras subía los escalones del tren para reunirse con Lilly y Marguerite en lo alto, Lilly acariciando el pelo de su hija. —Aquí —dijo él, con el ojo palpitando de dolor—. Tómalo.

—Gracias, Papá.

—Gracias, Henri.

Fueron de los primeros en subir a bordo; los primeros en entrar en un vagón vacío. Después de poner su maleta y sus abrigos en el portaequipajes superior, se sentaron. En cuestión de segundos, todos los demás asientos estaban ocupados, y Marguerite, sosteniendo a Lanky, tuvo que sentarse en el regazo de su madre para dejar un asiento a una anciana. Un hombre con traje marrón, sentado enfrente, le pasó a Moreau su pañuelo mientras Lilly usaba el suyo para secar las lágrimas de Marguerite y sonarle la nariz. Moreau le dio las gracias, presionando sobre su ojo hinchado.

Para cuando el tren partió, unos veinte minutos después, cada asiento en cada compartimento estaba ocupado; la gente estaba de pie apretujada en los pasillos, el olor a sudor y miedo por todas partes. Y tanto ruido: bebés, niños y adultos llorando, gimoteando, gente preguntándose unos a otros: "¿Adónde vamos, adónde nos llevan?". Algún alboroto tenía lugar en el

vagón de al lado: algún hombre intentando saltar por la ventana. Ni hablar, pensó Moreau, no podrías pasar ni un conejo por ahí. Idiota.

Marguerite se había quedado dormida en el regazo de su madre, chupándose el pulgar, un hábito que había superado hacía un buen año. Moreau besó la cabeza de su hija y respiró su olor. Sabía lo que estaba intentando hacer, quería cambiar de opinión, persuadirse a sí mismo de que cualquiera que fuera el destino de esta niña, él debería compartirlo. Le acarició la mejilla. Ella sonrió en sueños.

Inclinándose hacia él, Lilly le susurró al oído: —Henri, debe haber algo que podamos hacer. Me casé con un gentil; eso debe contar para algo. Encuentra a alguien; sácanos de aquí.

Él asintió.

Levantándose, cogió su abrigo del perchero.

Lilly puso una cara como diciendo: «¿para qué necesitas eso?»

Fingiendo no entender, dijo «disculpe» numerosas veces mientras se abría paso fuera del vagón y por el pasillo. —Los aseos están atascados, amigo —dijo alguien.

—Lo intentaré —respondió—. Disculpe. Perdón. Disculpe.

Finalmente, encontró a un policía vigilando entre dos vagones.

—Disculpe.

—Vuelva atrás.

—Escuche, ha habido un error —bajando la voz, dijo—: No soy judío.

—¿Y?

—Mire —dijo, mostrándole su abrigo al hombre—. No hay e-estrella.

—No puedo hacer nada. Ahora vuelva atrás.

—¿No podría...?

—No. No lo voy a repetir otra vez.

De vuelta en su vagón, una mujer con un pañuelo en la cabeza había ocupado su lugar. Lilly se encogió de hombros en un gesto de «¿qué podía hacer?». «¿Y bien...?», articuló sin voz.

Él negó con la cabeza.

Ella suspiró y dirigió su atención al paisaje que pasaba velozmente por la ventana, estrechando a Marguerite contra su pecho.

*

Una hora después, el tren finalmente redujo la velocidad y se detuvo. Las palabras «¿dónde estamos?» estaban en labios de todos.

—¡Fuera, fuera, fuera! —gritaban los policías—. ¡Rápido, fuera, fuera, fuera!

Recogiendo sus pertenencias, fueron conducidos fuera del tren, empujados a través de la sala de billetes y marcharon por una calle lúgubre y desierta con pocos edificios, la acera llena de baches. El olor a hierba recién cortada flotaba en el aire. Qué olor tan agradable, pensó el cartero, el olor de la normalidad, de la libertad. El silencio de tanta gente, pensó Moreau, es un ruido opresivo, solo el arrastrar, arrastrar, arrastrar de tantos pies. El nombre de la calle, observó, era Rue de la Liberté. Llevando la maleta, sentía calor con el abrigo en un día tan cálido. Finalmente, llegaron a lo que parecía un enorme complejo residencial de varios pisos, una pieza arquitectónica muy moderna aunque fea. La misma palabra se filtró por la interminable fila de judíos haciendo que la gente temblara de alarma: Drancy. Drancy. La palabra era suficiente para infundir miedo en los corazones más valientes. Este era el campo de concentración más grande del gobierno para judíos, al noreste de París. Los rumores sobre el lugar habían circulado durante años: sobre trenes que venían a llevárselos de aquí, llevándolos a lugares lejanos de los que nadie regresaba jamás. La gente aminoró el paso. —Rápido, rápido —gritaban los policías, empujando a algún judío de vez en cuando —. Seguid avanzando.

Lilly apretó la mano de Moreau. —Henri, tengo miedo.

—Lo sé. Yo también.

—No tengas miedo, mamá. Yo te cuidaré.

A pesar de sí misma, Lilly logró reír mezclándolo con sus lágrimas. —Oh, mi pequeño amor, sé que lo harás.

Al acercarse, las puertas principales se alzaban imponentes; más allá de las puertas, un gran patio lleno de barro, rodeado por tres lados por estos bloques de apartamentos de aspecto futurista. Y por todas partes, policías franceses con sus capas, balanceando sus porras. El ruido era intenso, los gritos de los adultos, el llanto de los niños, los alaridos de los policías. Se apiñaron en el patio, cientos de ellos, judíos con sus estrellas en los abrigos, empujados juntos como tantas ovejas, el sol golpeando sobre sus cabezas. Muchos estaban cansados después del viaje y el constante estado de nerviosismo, especialmente los ancianos, pero la policía no les dejaba sentarse, obligándolos a ponerse de pie, pateándolos. —Por favor, déjeme sentarme —dijo una mujer, de no más de veinte años—, estoy embarazada. El policía la agarró por el pelo, tirando de ella hacia arriba. Su rostro se arrugó en lágrimas, mientras sostenía el peso de su vientre abultado. Una mujer mayor le pasó el brazo por los hombros. La joven embarazada sollozó sobre su hombro.

Marguerite también estaba llorando. Lilly la cogió en brazos y besó su cara mojada. —Nos mantendremos juntas —miró a su marido—. ¿Verdad, Henri?

Era como si lo supiera.

La voz retumbante a través del megáfono captó la atención de todos. Estaban a punto de decirles algo. —Messieurs, Mesdames. Moreau no podía ver de dónde venía la voz, pero la oía perfectamente. —Messieurs, Mesdames, escuchad con atención, por favor. Ahora estáis en el centro de detención de Drancy. Como israelitas, estáis aquí bajo las órdenes directas de las autoridades de Vichy. La duración de vuestra estancia aquí está aún por determinar. A cada uno de vosotros se os ha asignado un espacio dentro del centro. El funcionamiento de este campo está fuertemente reglamentado, y se espera que obedezcáis todas las normas, que se os comunicarán próximamente. La más mínima infracción de cualquier norma

será tratada con la máxima severidad. Quedáis advertidos. Hay bloques de alojamiento separados para hombres y para mujeres y... para niños.

Era casi como si esta voz desmembrada lo estuviera esperando: la pausa antes de decir las palabras «para niños». El grito espontáneo destrozó el silencio mientras las madres, orinándose encima, sabiendo que su peor temor había llegado, se aferraban a sus hijos. Y entonces comenzó. La policía entró cargando, blandiendo sus porras, arrancando a las madres de sus hijos. Las mujeres, dominadas por reflejos primarios, insensibles a los golpes y la brutalidad de la policía, intentaban desesperadamente aferrarse a sus hijos. Lilly, con el rostro blanco, fuera de sí, se aferraba a Marguerite, apretando la vida de la niña que chillaba. Henri intentó protegerlas, sabiendo que era una tarea inútil. Los puños volaban, las porras se balanceaban, los niños eran arrojados sobre la tierra, las madres de rodillas, sus faldas cubiertas de barro seco, histéricas; el aire lleno de gritos, un muro de gritos. Una figura de negro golpeó a Lilly en la boca. Ella cayó hacia atrás, perdiendo su agarre sobre Marguerite. El policía intentó agarrar a la niña. Con ojos como los del diablo, Lilly saltó hacia adelante, abalanzándose sobre él, tirando de su pelo, quitándole el sombrero, arañando su cara, haciéndole sangrar. Tratando de coger a Marguerite con una mano, él luchó contra Lilly, arrancando los botones de su vestido. Moreau, gritando «¡No!», tiraba maniáticamente de su brazo, tratando de liberar a Marguerite de su agarre. Un repentino e inesperado chorro de agua los separó. Moreau se encontró boca abajo en el barro empapado. Tambaleándose para ponerse de pie, los buscó entre las mujeres desesperadas que lloraban, mientras el agua derribaba a la gente como bolos. La vio, vio a Lilly, en el suelo, su cabello empapado, su cara y pecho cubiertos de barro, sus brazos agarrando las piernas del policía. Gritó su nombre, su voz perdida entre los chillidos. Algo se estrelló contra la parte posterior de su cabeza. Sus ojos se nublaron. La intensidad del ruido primordial se atenuó. Tambaleándose, podía ver la silueta borrosa de su mujer de pie, golpeando la espalda del policía mientras el hombre sujetaba a su hija por la cintura; Marguerite, pateando con sus piernas, gritando por ayuda, extendiendo la mano hacia ella.

Y entonces todo se volvió negro.

*

Henri Moreau abrió los ojos. ¿Qué era ese olor asqueroso? Le llevó unos segundos enfocar la vista, pero el recuerdo de lo que había sucedido le vino en un instante. Lilly y Marguerite, ¿dónde estaban? Trató de levantarse pero volvió a caer cuando el dolor punzante atravesó su cabeza; el ojo aún le dolía donde el revólver le había golpeado. Revisando sus bolsillos, todavía tenía el pañuelo que el hombre del tren le había dado. Estaba en una cama cubierta por una manta fina y áspera. Sentado al pie de la cama había un hombre demacrado con gafas, su barba amarillenta, mordiéndose las uñas. Parecían estar en una especie de dormitorio, cientos de hombres, el sonido de cien conversaciones silenciosas. Sentía la garganta seca, se dio cuenta de lo sediento que estaba. Agarrándose la cabeza, con arcadas por el olor a putrefacción y desesperación, balanceó las piernas fuera de la cama.

—Buenos días —dijo el hombre barbudo—. Me temo que te perdiste el desayuno.

—¿Desayuno?

—Oh sí, amigo mío —el hombre contó los elementos con los dedos—. Tuvimos salchichas, un huevo cocido, cruasán, frescos, ojo, champiñones que estaban para morirse, tomates y café negro, muy dulce.

—¿Qué?

—Vale, exagero: fue un pequeño trozo de pan duro como una piedra y té negro. Hola, me llamo Mirabeau, Gabriel Mirabeau —dijo, ofreciéndole la mano—. Tu ojo es un desastre.

El hombre llevaba gafas pequeñas y redondas, tenía cejas tupidas y, pensó Moreau, una sonrisa tranquilizadora. —Henri Moreau. Soy cartero, al menos lo era hasta ayer. Así que no fue todo un sueño.

—Tristemente no. Realmente ocurrió. Los franceses se han vuelto contra su propia gente, haciendo el trabajo sucio de los alemanes. Pensar que antes estaba orgulloso de llamarme francés. Ya no.

—Se llevaron a las mujeres y a los niños.

—Sí, nos mantienen a todos separados.

—¿Dijeron algo más? ¿Cuánto tiempo pretenden tenernos aquí?

Mirabeau se rio. —Henri, ¿puedo llamarte Henri? Llevo aquí seis meses y no sé nada, excepto...

—¿Excepto?

—Acabas de llegar. Quizás sea demasiado contarte.

—Dímelo —era obvio que quería hacerlo.

—Envían a la gente en trenes. A dónde, nadie lo sabe. Pero se rumorea que es hacia el este, en algún lugar de Polonia. Y yo creo que... Dicen que allí los matan con gas.

—¿Gas? Eso es... eso es ridículo.

—Eso habrías pensado.

Permanecieron en silencio un rato, Moreau masajeándose la cabeza, presionando el pañuelo contra su ojo. Ya se estaba acostumbrando al hedor de tantos hombres sucios arrojados juntos. Parecía extraño pensar que Lilly y Marguerite estaban cerca pero tan fuera de su alcance. Necesitaba beber, agua, cualquier cosa, algo para comer. Quería un baño, afeitarse; necesitaba sentirse limpio. Se dio cuenta de que Lilly había cometido un error al empacar todas sus cosas en una sola maleta: ahora, no tenía nada, ni calzoncillos limpios, ni cepillo de dientes, ni jabón, nada. Dios mío, mantienen a los cerdos en mejores condiciones que estas. Los minutos pasaban, las horas. Deambuló un poco, tantos hombres, tantos despojados de su individualidad, reducidos a animales sucios y hambrientos, cada pensamiento consumido solo por las necesidades más básicas. Volviendo a su espacio, le preguntó a Mirabeau qué hacía la gente todo el día.

—Nada —fue la respuesta—. Nada que hacer excepto preocuparse. Oh, tenemos lista de asistencia a primera hora y nos dejan salir a tomar un poco de aire fresco por las tardes. Les preocupa que todos cojamos tuberculosis o disentería o algo así.

—Ni siquiera soy judío —dijo Moreau.

Las grandes cejas de Mirabeau se fruncieron con perplejidad. —¿No eres judío? —dijo lentamente—. No lo entiendo, entonces ¿qué estás haciendo aquí?

—No lo sé. Un error administrativo, supongo. —No mencionó a Lilly.

—Dios mío, hombre, entonces estás salvado —dijo Mirabeau, dándole una palmada en la rodilla—. ¿Has hablado con alguien sobre esto?

—Lo he intentado, pero siempre me dan largas.

—¿Tienes tus papeles?

—Claro —dijo, revisando el bolsillo interior.

—Todo lo que tienes que hacer... No, eso podría no funcionar. Ahora que estás aquí dentro, podrían estar encantados de dejarte pudrir. Tenemos que pensar.

Después de un rato, Mirabeau levantó el dedo. —Lo tengo —dijo—. Diles que tienes tuberculosis. Como te dije, están aterrorizados con eso; te sacarán de aquí en un periquete.

—¿Tuberculosis? ¿Qué quieres decir? Seguramente, si es tan fácil, ¿por qué no lo hace todo el mundo? ¿Por qué no lo haces tú?

—Porque somos judíos. ¿Un judío con tuberculosis? Lo mejor es una bala. Pero tú te librarías. Oh, Henri, estoy tan feliz de haberte conocido. Tienes que salir de aquí. Si puedo ir a mi muerte sabiendo que he salvado a un hombre, aunque sea solo a uno, sería muy feliz.

Moreau pensó en Lilly. No nos abandones. Haz lo que sea necesario, sálvanos. Y si no puedes salvarme a mí, sálvala a ella. Sacudió la cabeza, intentando deshacerse del recuerdo.

—¿Henri? Henri, escúchame. Frótate la cara fuertemente con las manos, una y otra vez hasta que la piel esté roja. Luego muérdete la lengua hasta que sangre. Será difícil, pero debes hacerlo. Después, grita pidiendo un guardia. Confía en mí, estarás fuera de aquí antes del anochecer.

Mirabeau tenía razón: morderse la lengua era difícil. Pero con el ánimo de su nuevo amigo, finalmente lo consiguió. Mezclada con su saliva, Moreau

se sorprendió de la cantidad de sangre que había logrado producir.

—Bien hecho —dijo Mirabeau. Le estrechó la mano—. Estás rojo como un tomate. Lamento perderte tan pronto, pero sal de aquí, amigo mío. Te deseo toda la suerte del mundo. ¿Estás casado?

—No. —Lo dijo sin vacilar.

—Excelente. Sal de aquí, vive y haz el amor con todas las mujeres que puedas.

—Gracias —dijo Moreau, poniéndose el abrigo—. Nunca te olvidaré.

El hombre sonrió, dejando ver sus dientes podridos. —Ve ahora. Llama a un guardia.

Moreau se tambaleó por el dormitorio, con la mano en la boca, gritando de dolor. Nunca supo que podía actuar tan bien. Golpeó las rejas de hierro forjado al final del dormitorio. —¡Guardia, guardia! ¡Ayuda!

Apareció un hombre, bajo y regordete, no un policía, pero aun así un francés con uniforme de funcionario de prisiones. —Atrás. ¿Qué pasa? ¿A qué viene todo este ruido?

—Estoy enfermo, de verdad —dijo Moreau sin aliento—. Tuberculosis.

El guardia lo miró por un momento, abriendo los ojos al ver la cara roja de Moreau, su ojo ensangrentado y su boca sangrante. —Mierda. —Llamando por encima de su hombro, gritó—: Faure, necesito ayuda aquí.

Apareció el hombre llamado Faure. —Míralo —dijo el primer guardia, señalando a Moreau—. Tuberculosis.

—Estás bromeando —dijo Faure—. Sácalo rápido. Ve a llamar al superintendente.

No tardó mucho. Condujeron a Moreau al exterior, lejos de todos, de vuelta al patio central. Qué hermoso, pensó, respirar aire fresco. Era un día monótono, con densas nubes que cruzaban el cielo. Todo gris. Con un sobresalto, vio serpentear hacia él una larga fila de niños con abrigos y sombreros, algunos con pequeñas maletas o paquetes, escoltados por numerosos guardias. Las puertas principales estaban abiertas, con algunos

policías apostados cerca. ¿Irían al este, a Polonia, como había dicho Mirabeau?

Llegó el superintendente, un hombre demacrado con un bigote fino. —¿Cuánto tiempo hace que la tienes? —espetó.

—V-vi a mi médico la semana pasada.

Lo miró de reojo, entrecerrando los ojos. —Parece grave. Más te vale no haberla contagiado. ¿Por qué no dijiste nada?

—Lo intenté, pero nadie me escuchaba.

—¿Dónde está tu estrella? —preguntó, señalando el abrigo de Moreau.

—Ese es el asunto, no soy judío.

—¿No lo eres? Tus papeles —dijo, chasqueando los dedos. El hombre los tomó, sosteniéndolos con cuidado, como si temiera contraer la enfermedad —. Vaya, realmente no eres judío.

—También intenté decírselo.

El hombre lo observó mientras Moreau se llevaba el pañuelo a la boca. Para dar más efecto, tosió.

El superintendente le devolvió sus papeles. —Lárgate de aquí. Faure, dale unos francos para el billete de tren.

—¿Eh? ¿Yo?

El superintendente se marchó. Moreau se contuvo de darle las gracias. A regañadientes, Faure le entregó el dinero.

—Gracias.

Se quedó allí, tosió de nuevo, sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿qué estás esperando? —preguntó Faure—. ¿Un taxi? Las puertas están abiertas. Lárgate de aquí.

—Oh, de acuerdo. —Moreau no podía creer que pudiera ser tan fácil. Mirabeau había tenido razón—. Bien, sí. Gracias.

Cuando se volvió para irse, su corazón martilleando de alegría, oyó el grito.
—¡Papá!

Mierda, era Marguerite. Al girarse, la vio entre todos esos niños, sosteniendo a Lanky contra su pecho, sus colores rojo y amarillo vívidos bajo el cielo sombrío. —¡Papá, papá!

—Dios mío —murmuró. Su hija, su preciosa hija—. Marguerite —llamó. Llamarla por su nombre fue un error. Marguerite, al oír la voz de su padre, se separó del grupo y, aún agarrando a Lanky, comenzó a correr hacia él, esquivando a un guardia.

—¡Alto! —gritó el guardia.

—¡Papá!

—¡Marguerite!

—¡Detente!

—¡Papá!

Sonó un disparo.

Su corazón se aceleró. —No, Marguerite, regresa; por el amor de Dios, regresa.

—¡Papá! —Ella seguía corriendo hacia él, con el abrigo abierto ondeando.

—¡Alto!

—¡Detente, Marguerite!

Un segundo disparo. Pareció volar por el aire antes de caer en un montón arrugado sobre el suelo embarrado, sus dedos aún aferrados a Lanky.

—¡Noooo! ¡Marguerite, Marguerite, Margueriiiiite!

*

El antiguo cartero parecía a punto de desmayarse. —¿Estás bien, Moreau? —preguntó Gustave Garnier, el antiguo profesor, poniendo su mano sobre el hombro del hombre.

—No había nada que pudiera hacer por ellas mientras estaba allí —dijo Moreau, consciente de todas las miradas sobre él—. Tenéis que creerme. Si escapaba, podría haberlas ayudado. Esa era mi idea: ayudarlas.

—No sabía que habías estado casado antes —dijo Roger Béart, el hombre mayor—. Ni que tuviste otra hija.

—Sí. No tengo ni idea de qué pasó con Lily. Supongo que pereció, como tantos otros allí.

—Dios mío —dijo Antoine Leclerc, el hombre más joven.

El cartero se llevó las manos a la cabeza. Pensar que esta noche, ¿o era al mediodía?, vería a su hija, la que él e Isabella, la señora Giono, habían tenido justo antes del final de la guerra, y ella traería a su nieta. Las quería profundamente, pero ahora la perspectiva de verlas lo estremecía.

Los hombres lo observaron un rato, sintiendo una mezcla de desprecio y lástima. Ningún hombre debería ver morir a su hijo así. Ninguno.

Gustave Garnier, el antiguo profesor, se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo. —¿Os gustaría escuchar mi historia ahora? Si Henri puede desnudar su alma, entonces creo que es hora de que yo haga lo mismo.

—Si estás seguro, Gustave —dijo Leclerc.

—Sí, lo estoy. Tengo que...

La Historia del Profesor

Gustave Garnier llegaba al colegio temprano, como era su costumbre, para tomarse un café antes de que llegaran los niños. El instituto era sin duda el más grande de la ciudad; moderno, de reciente construcción, con unos trescientos alumnos, era la envidia de los establecimientos educativos de toda la región. La razón de las madrugadas de Garnier era que la señorita Bouchez, la profesora de matemáticas, también era madrugadora. Garnier encontraba a la señorita Bouchez terriblemente atractiva con sus faldas de tubo, zapatos de tacón y sus gafas con montura negra. Demasiado glamurosa para ser profesora. Cada mañana, seguían la misma rutina: ambos preparaban sus cafés, él con leche y azúcar, ella sin nada, luego él se sentaba a leer el periódico en la sala de profesores mientras ella se llevaba el suyo a su aula. Así que su único tiempo juntos, para decepción de Garnier, duraba apenas un par de minutos. Garnier siempre esperaba que ella se quedara a charlar. Pero nunca lo hacía.

Conocía la razón: seis meses antes, mucho antes de que llegaran los alemanes (toda una vida atrás), Garnier la había invitado a salir. Lo había planeado durante semanas, esperando una señal de que sus avances pudieran ser aceptados. Ninguna señal llegó y, frustrado por la espera, había decidido forzar la situación y preguntarle directamente. Fue probablemente lo más difícil que había hecho en su vida. Esto fue cuando ella todavía tomaba su café matutino en la sala de profesores. Estaban completamente solos. Solo el director andaba por allí y él estaba, como de costumbre, encerrado en su despacho. Era un miércoles. Había planeado preguntarle el lunes pero perdió el valor, lo mismo el martes. Al final, se lanzó con la actitud de "¿qué es lo peor que puede pasar?"

—Señorita Bouchez, ¿ha visto esa nueva película de Jean Renoir... cómo se llama? La regla del juego, eso es. La regla del juego. Dicen que es muy buena. Me preguntaba si... quiero decir, si...

Ella le miró a través de sus gafas como si acabara de atropellar a su gato. —¿Sí? —preguntó nerviosamente.

—Bueno, si usted... podríamos ir juntos; al cine, quiero decir.

—Oh, esto... Es muy amable, señor Garnier, pero yo...

—No, por supuesto. Lo entiendo. Oh, mira, aquí está Paul. —Nunca se había alegrado tanto de ver a Paul Dauphin, el profesor de arte, con su chaqueta de punto multicolor y su pelo artístico y descuidado—. Hola, Dauphin —dijo efusivamente, haciendo que Dauphin levantara las cejas sorprendido—. ¿Has visto La regla del juego?

—Sí, dicen que es una mierda.

A pesar de sí misma, Bouchez se rio.

—¿Qué es tan gracioso?

—No es nada —dijo ella, lanzando a Garnier una mirada furtiva.

*

Una semana después, Dauphin abordó a Garnier en el lavabo de caballeros. —Eh, Garnier, tenías razón sobre esa película —dijo, de pie ante el urinario.

—¿Película? —preguntó Garnier, lavándose las manos.

—La regla del juego, es muy buena.

—¿La viste? —Miró su reflejo en el espejo.

—Me habían dicho que era una porquería, pero es excelente. Nora Gregor está genial.

—Eso está bien.

—Sí, ¿y sabes qué? A la señorita Bouchez también le gustó.

*

Eso fue hace seis meses. Ahora era julio de 1940. La Batalla de Francia había terminado: la nación había caído y se había rendido ante los triunfantes y arrogantes alemanes. El futuro nunca había parecido tan incierto.

El final del trimestre escolar se acercaba rápidamente, quedaban solo un par de semanas. A las ocho y media, los escolares se amontonaban en sus aulas;

la ocupación alemana no había hecho nada para amortiguar su bullicio.

Garnier, profesor de literatura, se subió las gafas por la nariz y esperó a que sus alumnos se calmasen. Sabía que era un profesor popular, pero nunca pudo descifrar si era porque a los niños realmente les caía bien o simplemente porque lo encontraban un poco blando. El aula era grande, con vistas a la entrada de la escuela. El sol de la mañana brillaba a través de la ventana atrapando motas de polvo levantadas por el movimiento de los alumnos y las sillas. A lo largo de la pared lateral había un mapa del mundo y varios retratos de escritores famosos a lo largo de los siglos: Victor Hugo, Voltaire, Jules Verne y otros. En la esquina, cerca de la puerta, una exposición de poemas que sus alumnos habían escrito bajo el tema "Reflexiones". Los poemas eran, casi sin excepción, bastante atroces. Pero de esto, no podía culparlos. Los niños podían seguir siendo bulliciosos, pero la guerra y la llegada del enemigo los había puesto nerviosos, y a él también, en diversos grados. Un par de ellos habían perdido a miembros de su familia: padres, hermanos o primos, muertos o hechos prisioneros. No eran tiempos fáciles. Las ilustraciones que muchos habían añadido eran, en general, de mucha mejor calidad. Paul Dauphin, el profesor de arte, maldito sea, era jodidamente bueno en su trabajo. Podía hacer un artista de un ciego.

—Así que, confío en que todos habéis conseguido memorizar un soneto. Michel, recuérdale a la clase, si eres tan amable, ¿qué constituye un soneto?

Michel, uno de los alumnos más entusiastas de Garnier, hizo lo que se le pedía con, pensó Garnier, quizás un poco demasiada elaboración.

A media mañana, los niños tuvieron su descanso. El señor Pérec, el director, convocó una reunión, dando a su personal tres minutos para conseguir sus cafés. La sala de profesores, parecida a una sala de espera llena de sillones, estaba repleta. Sus paredes estaban decoradas con varios avisos del señor Pérec que nadie leía jamás. El aroma de sudor y café recién hecho flotaba por la habitación. Las tiendas se estaban quedando rápidamente sin café de verdad, por lo que la gente saboreaba cada sorbo, pensando que podría ser el último. Todos los profesores se habían metido dentro. Dada la falta de sillas, la mayoría tuvo que quedarse de pie, y Garnier había llegado temprano para reclamar una. Como un actor haciendo su entrada, el señor Pérec hizo su aparición. Aclarándose la garganta, echó un vistazo a su

audiencia. —He tenido una visita —anunció sin preámbulos. Un hombre calvo con ojos prominentes tras unas grandes gafas redondas, Pérec había sido el director de la escuela desde su apertura hacía unos años. Llevaba su habitual traje marrón claro, con la punta de un pañuelo blanco asomando por el bolsillo de su pecho. Cruzando los brazos, continuó—: Una pequeña delegación de alemanes vino a verme esta mañana.

Surgió una ola de risitas y murmullos. —Espero que les haya mostrado la puerta —dijo Paul Dauphin, levantando la mano.

—No, Dauphin, no lo hice. El hecho es... Hace mucho calor aquí —dijo, limpiándose la cabeza brillante con su pañuelo—. Señorita Bouchez, ¿le importaría abrir la ventana?

Quitándose las gafas, Bouchez dijo, —¿Me lo pide porque soy mujer?

—No, señorita Bouchez, se lo pido porque está más cerca de la ventana.

Con un suspiro, Bouchez abrió la ventana, tambaleándose sobre sus tacones altos, mientras Pérec intentaba recolocar pulcramente su pañuelo en el bolsillo de su pecho. Garnier trató de distraerse para no quedarse mirando el trasero de Bouchez. Dauphin, sentado a su lado, le dio un codazo en las costillas, meneando el dedo hacia él.

—Gracias —dijo Pérec, metiendo el pañuelo en el bolsillo de su pantalón —. ¿Por dónde iba?

—Nuestros amigos alemanes —dijo el señor Jobert, el profesor de química, abanicándose con un folleto, un hombre joven con un gran bigote que vivía la vida con un sudor perpetuo.

—Ah, sí. De hecho, fueron bastante agradables. —Más murmullos—. Está bien, calmaos, calmaos, todos.

—Absolutamente —dijo Jobert—. Lo mejor que le ha pasado a nuestra nación. Necesitamos un poco de disciplina.

Dauphin, sacudiendo la cabeza, murmuró: —Ha hecho un pacto con Satanás.

—¿Qué ha sido eso, señor Dauphin? —preguntó Pérec.

—Solo estaba diciendo, director, que no siempre se les puede odiar.

Bouchez soltó una risita.

—Sí, bueno. —Ajustándose las gafas, Pérec continuó—. El hecho es que hay ciertos textos escolares de los que nuestros nuevos amos desaprueban. —Alcanzando un montón de papeles sobre la mesa detrás de él, dijo—: Parecen muy particularmente preocupados por esto, y afecta a la mayoría de vosotros.

—¿Incluso a la química? —preguntó Jobert.

—¿Y a las matemáticas? —añadió Bouchez.

—Bueno, tal vez no a las ciencias o las matemáticas. Debéis coger estas listas para vuestra asignatura y aseguraros de que vuestras aulas estén libres de estos textos.

—Estás bromeando, ¿verdad? —dijo Dauphin.

—¿Parezco un comediante? —dijo Pérec.

—Tiene sentido para mí —dijo Jobert, pareciendo más acalorado por minuto.

—Tú dirías eso —dijo Dauphin—. Eres medio alemán, ¿no?

—Lo soy y estoy orgulloso de ello.

—¿Qué mitad? ¿La mitad alemana o la mitad idiota?

—¿Qué pasa con las compilaciones y antologías, director? —preguntó Garnier.

—Usa tu sentido común, Garnier. Arranca las páginas ofensivas pero deja el resto intacto. Bien, eso es todo. Haced que vuestros alumnos hagan el trabajo, pero aseguraos de que esté hecho para el final del día.

Garnier volvió a su aula a tiempo para la siguiente clase, revisando la lista de autores que, por una razón u otra, debían ser eliminados de sus estanterías. Siguiendo la sugerencia de Pérec, hizo que sus alumnos encontraran los libros y los apilaran en su escritorio al frente de la clase.

Garnier los fue tachando: —Hemingway, Karl Marx, André Gide, Victor Hugo.

—¿Qué hay de malo en Hugo? —preguntó Michel.

—No lo sé, Michel.

—¡Las campanas, las campanas! —dijo otro, adoptando una joroba en un intento de imitar a Quasimodo.

—Sí, gracias, Jean. Ahora, vamos a las antologías.

—Entonces, ¿realmente quiere que arranquemos las páginas, señor?

—Así es, Yvonne. Tan simple como eso.

—No me parece bien.

—No nos corresponde a nosotros razonar.

Y así la clase se puso manos a la obra. Media hora después, la papelera estaba llena de libros y páginas desechados. Yvonne sacudió la cabeza. —¿Cómo se atreven? —dijo.

—No nos corresponde a nosotros razonar, Yvonne.

—Ya lo ha dicho antes, señor.

Al final de la jornada escolar, Garnier se encontró con Dauphin y Bouchez en la sala de profesores. —Bueno, ¿lo hiciste? —preguntó Bouchez, recogiendo sus cosas.

—No, maldita sea, no lo hice —dijo Dauphin, abrochándose la chaqueta de punto.

—Oh, Paul —dijo Bouchez, tirando de un mechón de pelo—. Estoy impresionada.

Apretando los labios, Dauphin sonrió. —Uno hace lo que puede, Claire. Debemos mostrar a esta gente que no vamos a doblegarnos cada vez que chasqueen los dedos.

—Desde luego. Nunca me di cuenta de que eras tan...

—¿Sí?

—Oh, no sé, tan... tan fuerte, supongo.

—Mi nombre, señorita B, es Espartaco.

Ella se rio.

Parecían haber olvidado su presencia, pensó Garnier, esperando escabullirse sin ser notado. Pero, justo cuando había llegado a la puerta, oyó a Bouchez preguntar: —¿Y tú, señor Garnier?

—¿Yo? ¿Qué?

—¿Te negaste?

—¿Negarme a qué?

—Negarte a mancillar nuestra cultura, eso —dijo Dauphin, echándose la mochila al hombro.

—Bueno, no, quiero decir, era una orden, ¿no? Quiero decir... el director lo dijo.

Garnier se encontró sosteniendo la puerta abierta mientras Dauphin y Bouchez pasaban junto a él. Sacudiendo la cabeza, Dauphin chasqueó la lengua, mientras Bouchez, mirándolo por encima de sus gafas, articuló las palabras "Qué vergüenza".

Sintiéndose completamente disgustado, con su maletín en la mano, Garnier se alegró de dirigirse a casa, pero antes de que pudiera escapar, a mitad del pasillo, Pérec lo llamó. Acechando detrás de él estaba el señor Jobert, el pasillo demasiado estrecho para acomodar a ambos lado a lado.

—No lo ha hecho, ¿sabes? —dijo el director, agitando una hoja de papel en el aire.

—¿Perdón?

—Ese idiota de Dauphin. No ha repasado sus libros y ahora se ha largado a casa.

—Yo lo mandaría fusilar —dijo el profesor de química, con el sudor brillando en su frente.

—Sí, gracias, Jobert. Tendrás que hacerlo tú —dijo Pérec, golpeando la hoja de Dauphin contra el pecho de Garnier.

—Eh, ¿qué? Eso no es justo.

Jobert se echó a reír.

—Puede que pase todo el día con sus alumnos, Garnier —dijo el director—, pero no tiene por qué hablar como uno de ellos. Si el coronel regresa mañana por la mañana y encuentra todos estos libros de artistas degenerados, como él los llamó, tendremos problemas. Ahora, si fuera tan amable...

—Seguro que lo agradecería —añadió Jobert, poniéndose de puntillas detrás del director.

—Jobert —dijo Pérec, dándose la vuelta—, ¿no tiene nada mejor que hacer que seguirme todo el día?

—Pero quería irme a casa —dijo Garnier.

—Su casa seguirá ahí cuando regrese, señor Garnier. No trabajamos con horarios cuando se trata de los alemanes, así que póngase a ello, si es tan amable.

El aula del señor Dauphin era tan caótica como la de cualquier profesor de arte, con ejemplos del trabajo de sus alumnos en cada centímetro disponible de pared. Al echarles un vistazo, Garnier tuvo que girar la cabeza de un lado a otro solo para intentar entender la mitad de ellos. Algunos, la mayoría, eran impactantemente explícitos —carne, tanta carne— retorciéndose, pulsando, carne desnuda; falos, flores abiertas, rojas e invitantes como... como... Si esto no era arte degenerado, no sabía qué lo era. ¿Qué estaba intentando enseñarles Dauphin a estos niños? Se sentía avergonzado incluso de estar en este pequeño templo de desenfreno artístico adolescente. En un armario detrás del escritorio, encontró los libros —docenas y docenas de ellos—. Esto, pensó, podría llevar tiempo. Adiós a su tarde de no hacer nada. George Grosz, Wassily Kandinsky, Paul Klee, Marc Chagall, Max

Ernst. Dios, no había oído hablar de ninguno de estos artistas pero, hojeando las páginas, podía entender por qué los alemanes querían prohibirlos. No se puede mostrar a jóvenes impresionables cosas así. Muéstrales cosas así y acaban... oh, ya lo habían hecho, pensó Garnier, mirando de nuevo las obras de arte que adornaban las paredes del aula. Dauphin estaba intentando corromper a la juventud francesa él solito. Hacen falta malditos extranjeros para enderezar nuestro camino.

Impulsado por la irritación, Garnier tomó unas tijeras y una navaja del bote de materiales de Dauphin y se puso manos a la obra: cortando aquí, rajando allá, arremetiendo contra la degeneración, la pornografía, toda esa porquería disfrazada de arte.

—No puedes engañarme, Dauphin, ni a los alemanes. "Oh, señor Dauphin, estoy tan impresionada" —cantó, fingiendo chuparse el pelo, enrollando mechones invisibles alrededor de su dedo—. "Es usted tan fuerte". "Mi nombre, señorita B, es Espartaco" —dijo, adoptando una voz profunda—. "Yo soy Espartaco. Yo soy Espartaco" —dijo, golpeándose el pecho—. Ja, te meteré una corona de espinas por el culo, a ver si entonces eres Espartaco, gilipollas.

—¿Va todo bien ahí dentro, Garnier?

—Oh, Dios mío, ¿perdón? Sí, gracias, director, todo está bien —dijo, resbalando con un libro abandonado en el suelo—. Vaya, casi me caigo. Lo siento, director. Ya estoy terminando.

—No pretendía que hicieras semejante desastre. Parece que has tenido un grupo de niños de guardería aquí.

—Ja, ja, sí.

—No era para que hicieras gracia, Garnier.

—No, señor, usted no es un comediante.

—No te hagas el listo conmigo. Ahora, sigue con ello y recoge todo esto, ¿quieres?

—Sí, por supuesto, director.

Al limpiar, arrojó todas las páginas desechadas a la papelera.

*

—¿Has sido tú? —bramó Dauphin, irrumpiendo en la sala de profesores a la mañana siguiente.

—¿Qué pasa? —preguntó Garnier, con la cara más roja que el cielo nocturno.

—Has sido tú. Cerdo, traidor, tú... tú...

Garnier no esperaba menos: Dauphin estaba fuera de sí de rabia. Había ido a su aula unos minutos antes de que empezaran las clases mientras Garnier esperaba en la sala de profesores, sorbiendo su café, fingiendo leer el periódico, aguardando con creciente nerviosismo la explosión de ira una vez que el profesor de arte se diera cuenta. No tardó mucho. Oyó los pasos de Dauphin retumbando por el pasillo. Desafortunadamente, Bouchez eligió ese momento para volver a la sala de profesores, tambaleándose sobre sus zapatos de tacón alto, y así presenció el momento de humillación de Garnier.

—¿Qué demonios ocurre, Paul, cariño? —preguntó ella.

¿Cariño?, pensó Garnier, ¿le llama "cariño"?

—Este... este... —tartamudeó, señalando a Garnier encogido en el sillón del rincón, tratando de esconderse detrás del periódico—. Ha recortado páginas de mis libros de texto.

—Oh, no —dijo Bouchez, lanzando a Garnier una mirada fulminante de desprecio y decepción—. ¿Cómo ha podido, señor Garnier?

—Yo... no tuve elección; el director me obligó a hacerlo.

—El director me obligó a hacerlo —dijo Dauphin, imitando la voz debilucha de Garnier—. Te tirarías al fuego si te lo pidiera.

Dauphin se acercó a Garnier. Este se encogió, temiendo que le fuera a golpear. Inclinándose sobre él, con las manos en los reposabrazos de la silla, Dauphin le susurró a la cara:

—Un día, cuando nos hayamos librado de los alemanes y llegue la hora del juicio, tú, traidor, colaboracionista, serás el primero contra el paredón. Al menos Jobert es franco sobre su amor por los boches, pero tú eres como una pequeña serpiente que se arrastra por la hierba.

*

Unos meses después, la mañana del 22 de octubre de 1940, los niños llegaron a la escuela en un estado de gran excitación. La noche anterior, muchos de ellos habían escuchado la radio mientras Winston Churchill pronunciaba un discurso en francés dirigido a Francia desde Londres. "¿Qué dijo? ¿Qué dijo?", preguntaban los que se lo habían perdido.

—Fue gracioso —dijo Michel—. Dijo que los británicos estaban esperando la invasión de los boches, y dijo: "También lo están los peces" con un acento muy divertido.

—Sonaba como mi abuelo —dijo Yvonne.

En la sala de profesores, durante el recreo de la mañana, también se hablaba de ello.

—Perrier y yo tenemos una idea —dijo Dauphin, sirviéndose su café de sucedáneo. El café real era ahora un lujo disponible solo para aquellos que podían permitírselo—. Vamos a unir fuerzas y hacer una exposición y una obra de teatro, una corta, eso sí, y la vamos a llamar *También lo están los peces*.

—Qué buena idea —dijo Bouchez, limpiando sus gafas. Garnier había notado que siempre que hablaba con Dauphin, tenía la misma tonta y empalagosa expresión. Nauseabundo. Sabía que estaban saliendo pero intentaban mantenerlo en secreto. El señor Pérec no lo aprobaría.

—Desde luego, señorita B —dijo con un guiño.

—Eres muy inteligente.

—Creo que deberíais tener cuidado —dijo Jobert—. Diga lo que diga ese borracho de Churchill, pronto será el turno de los británicos. Los alemanes les retorcerán el pescuezo como a tantos pollos, ya veréis.

—Tú dirías eso, medio alemán —dijo Dauphin, acomodándose en su silla —. Nunca me acostumbro a este café; es asqueroso. ¿Qué opinas, eh, Garnier?

—¿Yo? No tomo esa cosa.

—No, me refiero a si los alemanes invadirán Gran Bretaña.

—No lo sé —dijo en voz baja.

—No, claro que no lo sabrías.

—¿Sabe el director algo de vuestro pequeño proyecto? —preguntó Jobert.

—Todavía no se lo he dicho.

—No le gustará.

—Le gustará cuando se lo explique.

Pero Dauphin nunca llegó a contárselo al director. En lugar de eso, se lanzó directamente al proyecto. Ciertamente galvanizó a los niños, pero le ocupaba todo su tiempo; el señor Perrier, el profesor de teatro, había enfermado, así que toda la empresa recayó sobre los hombros de Dauphin. Hizo que su clase escribiera una obra de diez minutos mientras otros comenzaban a trabajar en la producción de pinturas sobre el tema del discurso de Churchill.

Un viernes por la mañana, de camino a clase, Garnier se detuvo en la secretaría de la escuela para recoger su correo de su casillero. Encontró a la secretaria en su escritorio, escribiendo a máquina, riéndose para sí misma. "Buenos días, señorita Artaud", dijo alegremente. "Algo le divierte".

—Oh, señor Garnier, buenos días para usted. Es esta obra que ha escrito la clase del señor Dauphin. Estoy pasándola a máquina. Es muy graciosa.

—¿Lo es? —preguntó Garnier, malhumorado.

Esa misma mañana, el señor Pérec finalmente se enteró del proyecto de Dauphin e inmediatamente puso fin a todo. En un memorando mecanografiado distribuido a todo el personal, dijo que no correspondía a

los profesores explotar a los niños para provocar a las autoridades alemanas.

Dauphin se lo tomó bastante bien, pensó Garnier. Bebió su habitual café de sucedáneo en silencio, leyendo un periódico. No habló y nadie, ni siquiera Bouchez, le habló a él.

Esa tarde, a punto de irse a casa, Garnier volvió a la secretaría. El lugar estaba desierto; podía oír la voz de la señorita Artaud procedente del despacho del director. Al no encontrar nada nuevo en su casillero, Garnier notó la obra mecanografiada sobre el escritorio. Tomándola, vio dos copias en papel carbón. Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, se llevó la copia de abajo y, doblándola por la mitad, rápidamente la metió en el bolsillo de su chaqueta.

Esa noche, de vuelta en casa con su gato tumbado en su regazo, leyó la obra. "*También lo están los peces*, una obra en un acto", leyó en voz alta. Consistía en solo una cara de papel de oficio; la leyó rápidamente. "No tiene ninguna gracia", dijo al terminarla. "Tú lo harías mejor, Mimi", añadió, acariciando a su gato. "Eres muy inteligente, Paul", dijo, imitando la voz de la señorita Bouchez. "Tan malditamente inteligente".

Solo cuando se iba a la cama se le ocurrió la idea. Sonriéndose a sí mismo en el espejo del baño, dijo: "Sí, eso es. ¡Eso es! Te voy a enseñar, maldito listillo engreído".

Por una vez, se fue a la cama feliz.

*

Una semana después, una delegación de alemanes llegó a la escuela en un convoy de tres coches.

—Los boches están aquí —dijo Yvonne con voz aguda, a mitad del esfuerzo de Garnier por inculcar en sus alumnos una apreciación de la poesía francesa del siglo XIX.

Inmediatamente, toda la clase se levantó como un solo hombre de sus asientos y corrió hacia las ventanas. "Sentaos", gritó Garnier en un intento fútil de mantener el orden.

—Mirad ese coche —dijo un chico con gafas llamado Henri—. Citroën Once CV. Precioso. —¿Por qué están aquí? —preguntó Michel—. Quizás vienen a arrestar al director. —Hay suficientes de ellos. —Ese tiene un parche en el ojo. —Sí, parece un pirata.

Sin poder resistirlo, Garnier se unió a ellos en la ventana. Algunos soldados esperaban alrededor de los vehículos, uno de ellos alisando las arrugas de un banderín, mientras un coronel con abrigo, acompañado por un par de soldados, se acercaba a la entrada principal de la escuela.

Sonó la campana que señalaba el final de la clase. "Bien, podéis recoger vuestras cosas e iros de forma ordenada. He dicho de forma ordenada. Mañana continuaremos..." Para cuando llegó al final de la frase, todos los niños se habían marchado, en un éxodo ruidoso y caótico de escolares sobreexcitados. La puerta del aula se cerró de golpe, un papel flotó hasta el suelo, el aire se calmó. "...estudiando la poesía de Paul Verlaine", dijo Garnier en voz baja.

Garnier se dirigió rápidamente a la sala de profesores. La escuela bullía con la noticia de la llegada de los alemanes.

—El coronel está hablando con el director —dijo Jobert, con el sudor chorreándole—. En su despacho, con la puerta cerrada —enfatizó.

—¿Qué crees que quieren? —preguntó Bouchez, cepillándose el pelo con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Cómo voy a saberlo?

Varios profesores entraron y salieron. Dauphin entró, casi tambaleándose, como si acabara de sobrevivir a una estampida. "Los malditos niños se han vuelto salvajes", dijo, recuperando el aliento.

Bouchez se acercó a él. Poniendo su mano en el pecho de él, dijo: "¿Estás bien, Paul?"

—Sí, claro que sí.

Entraron más profesores, todos tan excitados como los niños, especulando sobre la presencia alemana en la escuela, riendo nerviosamente. El lugar

pronto se llenó. Jobert miró por el pasillo. Apenas pudiendo contenerse, anunció: "Vienen. El director y el coronel".

Las conversaciones se interrumpieron a mitad de frase; un repentino silencio descendió; todos se quedaron quietos mientras la puerta se abría. "Por aquí, coronel", dijo el señor Pérec.

El coronel entró en la sala, un hombre rubio con la cara roja brillante como si su cuello fuera demasiado estrecho y su estómago sobresaliera de su cinturón. Jobert, notó Garnier, se mantuvo erguido, con la barbilla levantada, como si en cualquier momento fuera a saludar.

Pérec saltaba nervioso detrás del coronel, sin su habitual confianza. —Esta es nuestra sala de profesores —dijo en voz baja, consciente de todas las miradas sobre él—. Es un poco pequeña para todo el personal que tenemos.

El coronel, sin responder, dijo: —¿Y bien?

—Sí, por supuesto, eh... —Escrutando a todos, captó la mirada de Dauphin —. Paul, eh...

—¿Es usted Paul Dauphin? —preguntó el coronel.

—¿Y qué si lo soy?

—Debo pedirle que me acompañe.

Fue solo entonces cuando Garnier notó la presencia de los soldados alemanes fuera de la puerta de la sala de profesores y, detrás de ellos, varios escolares intentando ver alrededor de ellos.

—¿Por qué?

—Es mejor que venga conmigo.

Bouchez se acercó a él, enlazando su brazo con el de Dauphin. Pérec alzó las cejas. Su presencia dio valor al profesor de arte. —No hasta que me diga por qué.

El coronel lo observó por un momento como si estuviera evaluando a su oponente. —Como quiera. —Sacando una hoja de papel de su bolsillo interior, dijo—: Esto ha llegado a mi conocimiento.

Incluso desde lejos, Garnier reconoció la hoja de papel de inmediato. «Esto es lo que quería», pensó para sí mismo. Entonces, ¿por qué, se preguntó, se sentía tan mal?

—¿Qué niños escribieron esto? ¿Uno o más?

Dauphin no dudó. —Ninguno de ellos —afirmó con firmeza—. Lo escribí todo yo mismo. Bueno, ¿verdad? —Más escolares se habían congregado fuera de la sala, los de atrás poniéndose de puntillas.

—¿Ninguno de los niños tuvo parte en escribir esta tonta obra?

—Si es tan tonta, ¿por qué le preocupa tanto?

El coronel chasqueó los dedos. Inmediatamente, los dos soldados aparecieron, y los niños justo detrás de ellos casi se cayeron por la puerta. —Lleváoslo —dijo el coronel.

—¡No! —chilló Bouchez.

Uno de los soldados la apartó. Dauphin no ofreció resistencia mientras los dos hombres le agarraban cada uno de un brazo. —Eh, eh, tranquilos; cuidado con el cárdigan.

—Dejadlo en paz —dijo Bouchez.

—Está bien, Mademoiselle B. Volveré pronto, ya verás. Espartaco, ¿recuerdas? —dijo con un guiño. Liberando sus brazos de los soldados, les dijo que iría voluntariamente. El coronel asintió en señal de consentimiento.

Garnier no sabía quién había empezado, pero de repente todos estaban aplaudiendo. Él se unió, tenía que hacerlo, pensó. Solo Pérec y Jobert se abstuvieron, con las caras enrojecidas. Y los aplausos se hicieron más fuertes cuando los dos soldados escoltaron a Dauphin fuera de la sala de profesores. Los niños en la puerta se apartaron. Ellos también habían comenzado a aplaudir. Comenzando con Mademoiselle Bouchez, los profesores, incluyendo a Garnier, les siguieron, aún aplaudiendo mientras, a su vez, los niños les seguían. La ovación a Dauphin se hizo más sonora a medida que más y más niños se unían a la procesión, siguiendo al profesor y sus escoltas por el pasillo, pasando por las oficinas y saliendo a la entrada de la escuela.

En el exterior, las nubes colgaban densas, la atmósfera húmeda, las ramas de los árboles lejanos se balanceaban con el viento. Al ver la masa de personal y estudiantes que se acercaba, los soldados apoyados en los coches se pusieron de pie. Uno aplastó un cigarrillo contra la grava. Siguiendo sus indicaciones, Dauphin se dirigió al segundo coche. Al llegar, se volvió para enfrentar a su audiencia. Sonriendo, hizo una reverencia y saludó con la mano. Bouchez, con lágrimas en los ojos, aplaudió aún más fuerte. Garnier se sintió mareado, el suelo frente a él entraba y salía de foco. Yo soy Espartaco, pensó; yo soy Espartaco. Los últimos en salir de la escuela fueron el coronel y el director, seguidos por Jobert. El coronel y el director se dieron la mano. Garnier notó que el director se limpiaba disimuladamente la mano en la parte trasera de sus pantalones. Jobert hizo una mueca. Acercándose al coche de delante, el coronel asintió a sus hombres. La puerta trasera del segundo coche se abrió y Dauphin, con un último saludo, fue metido dentro.

Y los aplausos continuaban. Bouchez, con lágrimas corriendo por su rostro, comenzó a cantar: «Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé». Al oír la melodía familiar, los niños más cercanos a ella se unieron. «Contre nous, de la tyrannie, l'étendard sanglant est levé. Entendez-vous dans les campagnes?». Uno a uno, todos se unieron. Pronto, toda la entrada resonaba con el sonido del canto, las voces volviéndose más audaces con cada línea. «Aux armes, citoyens, formez vos bataillons, marchons, marchons!». El coronel los miró a todos, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creerlo. Con su ayudante sujetando la puerta del coche, el coronel subió.

Todavía cantando, los niños y profesores observaron cómo los tres coches arrancaban y se alejaban tranquilamente por la entrada, a través de la verja con sus postes de granito, y se marchaban. «Qu'un sang impur abreuve nos sillons». Y luego vino el silencio. Monsieur Pérec no necesitó decirlo; los niños se dieron la vuelta y lentamente volvieron al interior, de regreso a clase. Clavado en el sitio y con la melodía de La Marsellesa aún resonando en sus oídos, Garnier los vio marcharse, uno a uno, seguidos por los profesores. Nadie habló. Pero todos podían sentirlo: la solidaridad, la fuerza en el silencio, la determinación en sus corazones. Garnier supo entonces, en ese momento, que un día, quizás muchos años en el futuro, pero un día, los franceses prevalecerían, y Francia volvería a ser Francia. La historia daría la

razón a los Dauphins de este mundo. Y con eso llegó la comprensión de que nunca más sería capaz de mirarse al espejo. Su victoria pírrica no le trajo ningún placer. Su propio sentimiento de vergüenza le hizo estremecerse.

Al darse la vuelta, se dio cuenta de que Bouchez había estado justo detrás de él. —Oh, Mademoiselle Bouchez, yo... —No sabía qué decir. Sus ojos se clavaron en los suyos, penetrando en su ser. Quería mentir, decir que era culpa de Jobert, que Jobert les había enviado la transcripción de la obra, Jobert el colaborador. Pero no tenía sentido; ella lo sabía. Podía verlo en sus ojos: ella lo sabía. De repente, ella echó la cabeza hacia atrás y le escupió. Él se quedó completamente inmóvil, sintiendo la saliva deslizarse por su mejilla. Pasando junto a él, ella volvió a entrar en la escuela, sus tacones crujiendo en la grava. Solo cuando oyó la puerta cerrarse de golpe, se dio cuenta de que estaba llorando.

*

—Uf, así que dejaste que arrestaran a un hombre por nada más que celos mezquinos —dijo Roger Béart, el antiguo soldado—. ¿Qué le pasó?

—Lo soltaron, por supuesto —dijo Garnier, tratando de sonar optimista al respecto—. Así que no fue gran cosa, ¿veis? Y luego se casó con Mademoiselle Bouchez. Así que, ya veis... bien está lo que bien acaba —dijo, quitándose las gafas y frotándose los ojos.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Henri Moreau, el antiguo cartero.

—Sí, absolutamente. Bueno, vale, quizás no...

—Tienes que contárnoslo, Gustave —dijo Antoine Leclerc.

Garnier suspiró. —De acuerdo, he llegado hasta aquí, igual os lo cuento todo. Un día, unas semanas después, un soldado alemán fue disparado y asesinado en la calle. Monsieur Dauphin fue uno de los que fusilaron como represalia. Una vez que lo habían arrestado, los alemanes lo tenían fichado. Así que, cuando buscaban gente para ejecutar, fueron a llamar a su puerta.

—Entonces —dijo Roger Béart—, es justo decir que si no hubiera sido por tu traición, Monsieur Dauphin todavía estaría con nosotros.

—Eso es un poco injusto...

—Las acciones tienen consecuencias —dijo Leclerc—. Todos lo sabemos. Y todos somos culpables de ello, Garnier. No estás solo.

—Tiene razón —dijo Béart—. Mi historia no es mucho mejor. ¿Queréis oírla?

La Historia del Soldado

1917

Llevaban días cabalgando. Un batallón de caballería francesa, recorriendo el desierto palestino. Los oficiales sabían hacia dónde se dirigían, otro campamento a unos ochenta kilómetros de distancia, pero no habían considerado oportuno decírselo a los hombres. No es que importara mucho de todas formas—nadie distinguía un destino de otro en este lugar abandonado de la mano de Dios. Para el soldado Roger Béart y sus camaradas vestidos de caqui, todo era lo mismo, solo kilómetro tras kilómetro de desierto y sol. Estaba cansado, muerto de cansancio, como todos los hombres, como los caballos y las mulas. El paisaje monótono hacía poco por levantar sus ánimos—valles de arena rodeados por montañas de arena. Durante el día, los hombres montaban sus caballos, sofocándose bajo el calor abrasador, solo sus sombreros de paja de ala ancha les salvaban de lo peor. Las mulas cerraban la marcha cargadas con los preciosos depósitos de agua, una de ellas tirando del carro que contenía la ametralladora Lewis. Las raciones de agua estaban estrictamente controladas—tenían bastante agua pero debía durar, y siempre había que tener suficiente para imprevistos. Y luego estaba la arena, la maldita arena. Se metía por todas partes—en su comida, su agua, en sus bocas, sus ojos, bajo su ropa. Joder, pensó Béart, incluso cuando ibas a mear, encontrabas arena en la polla. Todo su mundo se había reducido a nada más que arena y sol, ambos implacables, ambos tortuosos.

Por la noche, tiritaban de frío. Aquellos con la suerte de no estar de guardia se tumbaban boca arriba bajo sus mantas contemplando el ilimitado cielo estrellado, la multitud de estrellas más brillantes de lo que jamás habían visto, la luna lo suficientemente cerca como para tocarla. Muchos encontraban el cielo nocturno reconfortante, poniendo en perspectiva las mezquinas disputas del hombre, pero Béart lo odiaba—su inmensidad le asustaba, le hacía consciente de su mortalidad.

Béart y su caballo, Héctor, llamado así, le habían dicho, por Berlioz, el compositor, habían sido compañeros durante más de dos años. Habían

llegado a conocerse; él conocía los estados de ánimo de Héctor, sus pequeñas manías. Y Béart le amaba de una manera en que nunca había amado a nadie más. Héctor era un caballo castrado, de quince palmos de altura, de color marrón oscuro, casi rojo, como un setter irlandés, con una marca blanca en el hocico y una calceta blanca. Sin lugar a dudas, era un ejemplar hermoso. Pero esta guerra y esta interminable caminata habían empezado a pasar factura a Héctor. Tenía nueve años—demasiado mayor para este tipo de cosas, pensaba Béart. Merecía estar jubilado; ya había hecho su parte por Francia. Su pelaje no era tan brillante como antes, mantenía la cabeza demasiado baja. Hombre y bestia—unidos en su sufrimiento.

Era el quinto día. Cada día el Comandante Brunet enviaba a un par de hombres por delante para explorar movimientos enemigos. Mientras tanto, Béart estaba furioso. Había perdido medio paquete de cigarrillos. Algún cabrón se los había robado durante la noche. Cabalgando junto a Moulin, preguntó: —¿Quién le haría eso a su propio camarada?

—Un maldito miserable, eso es quién.

—Los había racionado todos—cuatro en mi bolsillo para el día, el resto del paquete en mi morral. Ahora me quedan cuatro para que duren Dios sabe cuánto tiempo. —Podía ver que a Moulin no le importaba demasiado su desgracia. No lo volvió a mencionar. Todo en este lugar era una desgracia, y siempre existía ese miedo a una emboscada, a ser pillados por sorpresa. Malditos resbalizados, esos turcos. Los cigarrillos perdidos de Béart no figurarían muy alto en la lista de preocupaciones de Moulin. La cara de Moulin se había ennegrecido por el sol y la suciedad incrustada, y estaba marcada por surcos secos de sudor. Sus ojos parecían vacíos; había envejecido veinte años en cinco días. Ya le había crecido una barba que se rascaba y tironeaba constantemente; su ropa estaba húmeda de sudor, sus palmas encallecidas de sostener las riendas durante tantas horas al día. Pero cada hombre era Moulin; todos parecían iguales. Y Moulin, como todos los demás, rara vez hablaba. Hablar requería demasiado esfuerzo. En cambio, cada hombre se sumía en sus propios pensamientos, las cosas que le daban consuelo, que le recordaban a casa. Béart soñaba despierto con la lluvia. Nunca más se quejaría de la lluvia. Soñaba con frías noches de invierno en

casa en Normandía, sentado junto al fuego, un perro a sus pies, mientras su madre tejía o, ocasionalmente, tocaba una melodía sencilla en el piano. Luego a la cama con un ladrillo caliente calentando las sábanas heladas, acurrucándose para pasar la noche, con el reloj haciendo tictac en la mesilla.

Béart se había criado con caballos. Su madre decía que sabía montar antes de saber andar. Vivían en una granja. Su padre trabajaba duro, se levantaba al amanecer, trabajando hasta tarde en la noche. Una noche no volvió a casa. Su madre buscó en los cobertizos, llamándole, pero no pudo encontrarle. Siguió una noche sin dormir. Un jornalero le encontró a la mañana siguiente—tirado boca abajo en un campo. Muerto. Un ataque al corazón. Aún no tenía cincuenta años. Demasiado joven. Béart era todavía muy joven para hacerse cargo de la granja, por lo que estaba agradecido—de ninguna manera quería ser granjero. Así que su madre vendió la granja y vivió con moderada comodidad en el pueblo. Nunca lo dijo, pero Béart siempre sospechó que ella era más feliz en el pueblo, lejos de la implacable dureza del campo. Béart tampoco lo echaba de menos, pero sí echaba de menos a los caballos. Tan pronto como tuvo edad suficiente, consiguió un trabajo como mozo de cuadra y los caballos volvieron a estar en el centro de su vida. En el verano de 1915, fue reclutado. El ejército, viendo su afinidad equina, le puso en la caballería. Su madre estaba encantada. Su hijo se veía tan apuesto con el uniforme. Lástima que no tuviera la educación para ser oficial, pero eso apenas era culpa suya. Pronto se demostraría su valía; pronto sería ascendido.

Dos años después, y Béart no había sido ascendido. Seguía siendo un simple soldado, el más bajo de los bajos, aún sin haber disparado su arma con rabia, sin haber visto el blanco de sus ojos. Pero mejor soldado raso en la caballería, como siempre decía, que suboficial en la infantería.

Béart acarició el flanco de Héctor—él también estaba cansado; podía verlo. Los hombres a menudo caminaban, llevando a sus caballos por las riendas, no solo para dar a los caballos un poco de descanso, sino también para permitir que los hombres usaran un conjunto diferente de músculos, y para aliviar las rozaduras de la silla.

Más a su derecha, Béart vio al soldado Sarde. —¡Eh, Sardinas! —gritó—. Tócanos una melodía. —El soldado Sarde, o Sardinas, la «maravilla desdentada», solía tocar su armónica—un par de canciones cada hora más o menos. Nunca fallaba para animar a un hombre.

Sarde negó con la cabeza. —No puedo —dijo, pasando sus dedos por los labios. Tenía los labios agrietados—todos tenían los labios agrietados. Pobre Sarde, pobres todos; no más armónica.

Era el sexto día, alrededor de las diez de la mañana, los hombres estaban en marcha, el sol ya estaba alto en el cielo, agotando a los hombres de sus fuerzas. Su desayuno de carne en conserva, galletas y té negro ya parecía una eternidad atrás. Los dos hombres enviados a reconocer volvieron galopando, apenas media hora después de partir. El Comandante Brunet, al verlos acercarse, levantó la mano, haciendo que toda la compañía se detuviera.

—Sooo, Héctor —dijo Béart.

—Vaya, vaya —dijo Moulin—. Algo pasa. Un mal viento les trae de vuelta con prisa.

El cabo, con la cara bajo su sombrero roja por el esfuerzo y la excitación, informó al comandante. El Comandante Brunet, de pie en sus estribos, escuchó, despidió al cabo y luego, desmontando, llamó a sus oficiales. Se sacaron mapas, se consultaron brújulas, se garabatearon planes en papel.

—Esto podría ser jugoso —dijo Moulin.

Incluso Sardinas consiguió dar un rápido toque a su armónica hasta que un teniente le cortó en seco. Los oficiales necesitaban concentrarse.

Diez minutos después, el Comandante Brunet estaba listo para dar sus órdenes. Todos los hombres habían desmontado, sosteniendo a sus caballos por las riendas. Reuniéndose alrededor, escucharon con gran interés. —Bien, muchachos —dijo el comandante, protegiéndose los ojos—, esta es la situación. A tres kilómetros al sur de aquí hay un pequeño puesto avanzado turco, unos cien hombres. Debido a la disposición del terreno, no podemos evitarlos. Las colinas a ambos lados del valle son demasiado difíciles para los caballos, y no digamos para las mulas. No tenemos más remedio que

enfrentarnos a ellos de frente. El Pelotón «A» se dividirá en dos y a pie hará un rodeo por las dunas, tanto al este como al oeste. Desde allí, dirigirán el ataque. El resto de nosotros seguiremos a continuación. La pendiente nos favorece. Un ataque por tres flancos debería ser suficiente. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas.

El Pelotón «A» no tardó mucho en prepararse. Dirigidos por un teniente de largas patillas, se marcharon a pie, bayonetas caladas, dejando nubes de polvo arenoso a su paso.

Galvanizados, Béart y sus colegas se prepararon—una rápida limpieza de sus rifles, sombreros fuera, cascos puestos, una comprobación de munición, el ajuste de sus cinturones, un trago de agua, una galleta extra. —Esto es más como debe ser —dijo Moulin, sonriendo, metiendo y sacando su sable de la vaina—. No sabrán qué les ha golpeado. ¿Tienes un pitillo de sobra?

—No —espetó Béart.

Apretando la cincha de Héctor, Béart volvió a montar. Héctor parecía saberlo. Estaba inmediatamente alerta, con las orejas erguidas hacia adelante, pisando fuerte con sus cascos. —Buen chico —dijo Béart, dándole palmadas en el cuello. A pesar de la intensidad del calor, Béart se estremeció. Poniendo la mano en su pecho, se dio cuenta de lo rápido que latía su corazón. Sabía que lo que le esperaba sería una mera escaramuza, pero entrar en batalla sobre su caballo era para lo que se había entrenado, y se sentía a la vez emocionado y asustado.

Los hombres estaban listos, los caballos preparados. Una mula había sido cargada con la ametralladora Lewis. El comandante, montado en su semental bayo, trotó arriba y abajo dando sus órdenes. —Al recibir la señal del Pelotón «A», nos moveremos a nuestra posición, lo más lejos que podamos sin ser vistos. Colocaremos la Lewis y les dispararemos. Luego, a mi señal, cargaremos. Lo principal, muchachos, es dispersarse, no agruparse. Sujetad vuestras monturas hasta que yo dé la orden. ¿Entendido?

Diez minutos después, la señal, a través de un espejo reflejado en el sol, llegó parpadeando desde el horizonte. —Bien, vamos —gritó el

comandante—. Marcha tranquila, firmes y constantes. Sin hablar, sin fumar.

Y así, cien hombres de caballería partieron. Ningún sonido excepto el golpeteo de los cascos de los caballos en la arena seca, el crujido de las sillas y el masticar de los bocados. Béart intentó ahogar una tos mientras más arena se alojaba en su garganta.

Los hombres siguieron al comandante dos kilómetros valle abajo, el sol en su peor momento, taladrándolos. Detrás de ellos, los chicos médicos, con sus brazaletes de la Cruz Roja en sus brazos, sus botiquines listos, golpeando contra sus sillas. Acercándose a una curva, el comandante levantó la mano en el aire. Los hombres detuvieron sus caballos. El Comandante Brunet, habiendo dado la orden a los artilleros de la Lewis para que se prepararan, examinó la situación a través de sus prismáticos, con sus tenientes a cada lado. Mirando a través de las ondas de calor, el puesto avanzado parecía patéticamente vulnerable, pensó Béart—unas pocas chozas de paja, tiendas de aspecto resistente, lo suficientemente fuertes como para resistir la arena del desierto, una bandera turca flácida sin brisa. Hombres en caqui, algunos con feces rojos y fajas rojas sobre sus túnicas, merodeaban por ahí y, bastante incongruentemente, pensó Béart, un par se sentaban en tumbonas como si estuvieran en la playa. Varios hombres con tenedores de asar se congregaban alrededor de una hoguera, con sus rifles colgados al hombro, el fuego emitiendo bocanadas de humo negro. Otros vigilaban un cañón. Béart casi sintió lástima por ellos—no tenían ni idea.

Y entonces empezó—las dos secciones del Pelotón «A» cargaron valle abajo desde direcciones opuestas, con sus armas disparando. Héctor resopló, tirando de su bocado. Tanto el hombre como el caballo estaban ansiosos por cargar, pero el comandante los contuvo. Los artilleros de la Lewis hicieron su trabajo, las armas escupiendo quinientas rondas por minuto. Los turcos se pusieron inmediatamente en alerta, ocupando sus posiciones, devolviendo el fuego al Pelotón «A».

—Aguantad, aguantad —chilló el comandante—. Sables preparados.

Los hombres del Pelotón «A» habían penetrado en el campamento; comenzó el combate cuerpo a cuerpo.

El Comandante Brunet, con su espada en alto, mantiene la calma. —Firmes, firmes...

Héctor danza sobre sus pies.

Con un silbido, el comandante baja su espada, su hoja plateada captando el sol. —¡Cargad! —grita.

Las riendas se sueltan, las espuelas se clavan en los flancos de los caballos. El ruido es intenso. Inclinándose hacia delante en su silla, Béart blande su espada. Grita, su corazón bombea con adrenalina y euforia. Un recuerdo cruza su mente—galopando a través del campo detrás de la granja, un día ventoso de otoño, el viento en su pelo, tomando una valla a toda velocidad, la alegría de volar por el aire. Héctor, bendito sea, sobreviviendo estos últimos días con raciones mínimas, no ha perdido nada de su velocidad. Los cascos de tantos caballos producen nubes de arena. Los turcos disparan contra ellos, el silbido de las balas, los hombres se enfrentan a una lluvia de plomo de frente. Alguien cae. Un caballo es alcanzado, cayendo al suelo con un terrible grito, sus patas atrapadas debajo de él. Moulin, cabalgando a su lado, con el casco torcido, está sonriendo, riendo. Una granada pasa silbando por encima.

Acercándose al campamento, los hombres se dispersan, como había ordenado el comandante. Béart ve a un turco, su rifle apuntándole directamente. El hombre dispara. Instintivamente, Béart se agacha. En un segundo, está sobre él, atravesándole con su espada. Un chorro de sangre, un grito, el acto está hecho en un instante. Béart detiene a Héctor, lo hace girar, buscando a alguien más a quien matar. Los hombres gritan y maldicen, los disparos de rifle perforan el aire. Héctor se encabrita. Bajándolo, Béart ve a Moulin caer de su caballo. Ve a un camarada golpear a un turco en el suelo con la culata de su rifle. Más disparos. No quedan turcos en pie.

Las armas se detienen. El silencio desciende repentinamente.

Termina demasiado pronto.

Béart, con todos sus sentidos en plena alerta, hace que Héctor baje a un trote. Hombres sobre caballos danzantes y resoplantes buscan

sobrevivientes, con sus espadas listas. ¡Hay uno allí! Está herido, su hombro un desastre sangriento pero amartilla su revólver. El Comandante Brunet salta de su caballo y lo remata con su espada, la hoja atravesando el pecho del hombre. El hombre se arquea mientras el revólver se desliza de su mano, luego se desploma. Usando un trapo, Brunet limpia la sangre de su espada. Desmontando, los hombres buscan al resto de los heridos, siguiendo el sonido de gemidos y sollozos, y atraviesan a cada uno de ellos con sus espadas. Los gritos vienen de cada rincón del campamento. Béart, habiendo atado la rienda de Héctor a un poste de una tienda, está desesperado por matar a uno más y se siente decepcionado por no encontrar ninguno.

—Creo que eso es todo —declara el Comandante Brunet después de unos minutos.

Observando la escena, Béart contempla a todos los muertos, tantos de ellos, en su mayoría turcos. Pero allí, entre ellos, detrás de una tienda harapienta, está Moulin, un agujero carmesí en su frente. Béart niega con la cabeza. Ahora desea haberle dado ese cigarrillo. Registrando sus bolsillos, buscando algo que pudiera enviar a su familia, Béart encuentra su paquete de cigarrillos. —Cabrón —dice, pateando el cadáver en las costillas.

El aire está cargado de humo y polvo y el olor a cordita. Los caballos resoplan. Las tiendas, sin excepción, están hechas jirones, las chozas de paja arden, el humo negro flotando sobre el campamento. Equipo y armas yacen esparcidos, una bota aquí, un fez allá, una bayoneta rota, ollas y sartenes entre los escombros. Franceses heridos yacen aquí y allá, gimiendo. Uno de ellos grita, sujetando el desastre sangriento y coagulado que es su muslo, con la parte inferior de su pierna completamente arrancada. Otro, con los ojos apagados, parece a punto de morir. Los chicos de primeros auxilios ya les están atendiendo.

Fue entonces cuando Béart lo vio. Un turco tirado boca abajo en el suelo cobrando vida. Frotándose la parte posterior de la cabeza, se levantó sobre una rodilla, luego sobre la otra. Béart, acercándose sigilosamente por detrás, desenvainó su espada. Estaba a punto de golpear cuando el comandante le gritó. —Deténgase ahí mismo, soldado.

Béart bajó su espada.

El Comandante Brunet se acercó al turco, con su revólver desenfundado. Béart contuvo la respiración, convencido de que el hombre estaba a punto de ser disparado. —Levántese —dijo el comandante, gesticulando con su revólver.

El turco se levantó lentamente, alzando las manos. Un hombre alto con pelo negro azabache, ojos negros y penetrantes, y un bigote largo y fino, con una cicatriz en la mejilla, se erguía por encima del mayor. Su túnica estaba muy desgarrada, su rostro sucio, pero bajo la mugre, Béart podía ver un rostro joven, con ojos llenos de orgullo y odio. El turco dijo algo, con voz firme.

—Soldado, ve a llamar a los tenientes.

Béart obedeció. Pasando por encima de varios turcos muertos, encontró a uno de los tenientes con su revólver presionado contra la sien de un caballo herido. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras el hombre apretaba el gatillo. Un par de soldados llegaron corriendo al oír el sonido del disparo. Uno de ellos, un sargento, dio una palmada en la espalda al teniente. Béart le concedió unos segundos antes de acercarse. Encontró al segundo teniente con varios hombres sacando cubos de agua de un pozo. Todo el campamento, se dio cuenta, se había construido alrededor de este pozo. Los hombres estaban contentos: el agua estaba limpia y fresca, y podían beber hasta saciarse y lavarse la cara. Béart escuchó el sonido familiar de la armónica; sentado en una caja volcada, Sardines le guiñó un ojo.

Béart regresó con los dos tenientes para encontrar al mayor Brunet todavía apuntando con su revólver a su prisionero, que permanecía erguido, con la espalda recta y la mirada perdida en la distancia. Algunos otros soldados estaban cerca, con rifles preparados. —Entonces, ¿cuántas bajas hemos sufrido, Teniente?

Ambos respondieron a la vez: —Tres muertos, señor —. El más alto continuó—: Además de una docena de heridos, pero solo uno grave.

—¿Habla francés el moro, señor? —preguntó el teniente más bajo.

—No, no habla. ¿Dónde está Ozen? Él habla turco.

—Ah. Era uno de los tres.

—¿Muerto?

—Sí, señor.

—Maldita molestia.

—¿Quiere que lo matemos, señor?

—¿Qué? ¿A este tipo? Ciertamente no, Teniente. Es un capitán. Lo hemos registrado. No lleva nada excepto una foto y sus documentos de identidad. Capitán Hakan Kazaz. Necesitamos llevarlo a inteligencia.

Béart notó la foto del hombre boca arriba en el suelo a sus pies. El mayor la había tirado. Era una imagen del hombre de pie detrás de su esposa sentada. La belleza de la mujer le sorprendió, el aire de misterio oriental, su rostro exótico, sus ojos asombrosamente vibrantes... tanta belleza en este feo y olvidado puesto de avanzada.

—¿Qué hay de Dubas? —dijo el mayor—. Él habla turco, ¿no?

—Solo habla griego, señor.

—Eh, Capitán —dijo el mayor al turco—. ¿Hablas griego? ¿O francés?

Por un momento, Béart creyó ver que el turco negaba con la cabeza, pero luego se dio cuenta de que solo estaba mirando entre los tres oficiales franceses frente a él.

—Maldita sea. Supongo que podríamos simplemente fusilarlo. Desde luego no lo llevaremos con nosotros, sería demasiada carga —. El mayor se alejó unos pasos, deteniéndose frente a un cadáver turco. Tras darle una patada al cadáver, regresó. Levantando su revólver, apuntó al turco. El hombre se encogió, sabiendo que su fin había llegado. Pero entonces, bajando el brazo, el mayor dijo a sus tenientes—: El hombre es un capitán; sabrá cosas, potencialmente buena información. Necesitamos un pájaro enjaulado. Y hablará. Mírenlo, es un alfeñique —. El mayor Brunet se giró para enfrentarse a Béart. Béart se puso firme—. Tú, soldado. ¿Cómo te llamas?

—Béart, señor. Soldado Roger Béart, número uno, seis...

—Cállate.

—Sí, señor.

Mirando alrededor a los otros soldados, vio a Sardines deambulando cerca.
—¡Alto! Tú, soldado.

—¿Quién? ¿Yo, señor? —dijo Sardines de manera exagerada, señalándose a sí mismo.

—Sí, usted, señor. ¿Cómo se llama?

—Jacques Sarde, señor.

—¿Qué le ha pasado a sus dientes? Pensándolo mejor, no quiero saberlo. Póngase junto a Péart.

—Es Béart, señor.

—Bien, vosotros dos, llevad a este hombre de vuelta a la base.

El rostro de Béart se arrugó con confusión. —¿La base, señor? —¿Se refería al último lugar donde se habían detenido, o realmente quería decir... la base?

—Sí, la base. Solo vosotros dos. Dirigíos hacia el norte: no debería llevaros mucho tiempo. Tomad un caballo cada uno y poned al Capitán Turco aquí en una mula. Eso debería bastar.

—Pero... pero, señor.

El mayor se acercó a él, su bigote temblando ligeramente bajo sus fosas nasales. —¿Sí?

—Está... está a cinco días de distancia.

—¿Y qué? Una vez en la base, tomaos un día libre, luego presentaos para nuevas órdenes. ¿Entendido?

Lanzando una mirada a Sarde, Béart intentó procesar lo que el mayor le había dicho.

—He dicho ¿entendido, soldado?

—S-sí, señor. Entendido.

—Que el Sargento Berri os equipe con lo suficiente para mantener a ambos durante el viaje. Y a él. Ahora escucha, Soldado Péart...

—Es Béart, señor.

—Asegúrate de que el Capitán Turco llegue de una pieza. Podría ser vital. Preséntate ante el Brigadier Hallier, Cuerpo de Inteligencia. Dile que yo te envié. Ellos sabrán qué hacer con él. Bien, marcha, soldado, preséntate ante el Sargento Berri. Tú también —añadió, volviéndose hacia Sarde. Mientras se marchaban, Béart notó que Sarde pisaba la foto del turco, sin saber si por accidente o a propósito.

Media hora después, Béart y Sarde y sus respectivos caballos estaban listos. Les habían dado suficientes raciones para hombre y caballo para siete días, suministros médicos, un par de bengalas y munición de repuesto. La mula estaba cargada con tanques de agua, frescos del pozo. Cada uno tenía un mapa y una brújula. Todo lo que tenían que hacer, les dijeron, era desandar sus pasos y pronto se encontrarían de vuelta en la base. Realmente simple.

Béart acarició el hocico de Héctor y le hizo cosquillas alrededor de las orejas, algo que siempre hacía que Héctor sonriera, exponiendo sus dientes. A Béart siempre le había encantado el olor a caballo, ese olor seco y terroso. Le hacía pensar en su hogar, en su infancia; como una manta reconfortante, le calmaba. El caballo parecía cansado; él también había pasado por una prueba. Había querido a muchos caballos a lo largo de los años, pero quizás a ninguno tanto como a Héctor con sus ojos negros profundos y sus hermosas pestañas. Le encantaba su colorido, la mancha blanca y el único calcetín desparejado, como si se hubiera olvidado de ponerse los otros.

Con el Capitán Kazaz montado en una mula, los tres hombres partieron. Era mediodía. Béart esperaba a medias una despedida, un apretón de manos del mayor, un "buena suerte y gracias". No hubo nada. Se marcharon mientras los médicos atendían a los heridos, los caballos eran remendados, y los hombres hacían uso del pozo.

—¿Tienes tu armónica? —preguntó Béart.

—Claro —dijo Sarde, sonriendo y exponiendo sus encías—. Nunca voy a ningún lado sin ella.

—Es un largo camino por recorrer.

—¿Y qué? Todos los sitios quedan lejos.

Buen punto, pensó Béart.

Los hombres cabalgaron en silencio. Hacía demasiado calor para hablar. El Capitán Kazaz mantenía su posición en el medio mientras Béart cerraba la marcha. Caminaron hora tras hora. El desierto, concluyó Béart, era algo hermoso. Hermoso pero amenazante. Un mundo sin fin, la naturaleza en su estado más puro, inmisericorde.

Béart se sentía diferente de alguna manera y le llevó un tiempo descubrir por qué. Había matado a un hombre; había atravesado su pecho con la espada. Como perder la virginidad, era algo que uno nunca podría deshacer. Tuvo suerte, supuso, de que hubiera ocurrido tan rápido. No recordaba cómo era el hombre, solo que le había disparado con su rifle a Béart y por eso Béart no sentía remordimientos. Sin embargo, lo que le sorprendió fue el grado de su sed de sangre que siguió, su deseo de hundir su espada en otro de ellos, de ver sangre turca sobre su hoja. Se estremeció ante el pensamiento de su depravación.

Varias horas después de partir, cuando el sol se asentaba, decidieron acampar para pasar la noche. Lograron encontrar una roca en un trozo de hierba estéril. No era mucho, pero serviría. Después de alimentar, dar de beber y frotar los caballos y la mula, compartieron su carne en conserva y galletas, y comieron y bebieron en silencio. Cuando terminaron, ya estaba completamente oscuro, la noche descendía rápidamente. Béart encendió las linternas.

—No es realmente justo, ¿verdad? —dijo Sarde, organizando las mantas.

—¿El qué?

—Bueno, el Capitán Turco aquí consigue una noche completa de sueño mientras nosotros dos tenemos que conformarnos con media cada uno. ¿No

podemos simplemente dispararle? Decirles que intentó escapar y lo disparamos. Probablemente no sabe una mierda de nada.

—Las órdenes son órdenes, Sardine.

—Supongo.

Quitándose el casco, Sardine estiró las piernas, mirando al cielo nocturno. Después de un rato, a pesar de sus labios agrietados, comenzó a tocar una melodía en su armónica. Con su rifle descansando en su regazo, Béart encendió un cigarrillo y mantuvo su ojo en el turco, los dos hombres sentados con las piernas cruzadas, cara a cara, mirándose. —No parezcas tan miserable, cabrón, tuviste suerte de no ser asesinado hoy —le dijo al turco—. Solo piensa, fuiste el único que quedó vivo. Eres muy joven para ser capitán —. El hombre tenía ojos oscuros y penetrantes que parecían taladrarle. Era, pensó Béart, un tipo bien parecido con su pelo negro y su bigote fino, su piel aceitunada y pura, y su barba incipiente. Se preguntó cómo se había ganado la cicatriz. Pensó en la mujer de la foto, esa belleza oscura, sus ojos, esos ojos... —Toma —dijo—, ten un cigarrillo.

El turco lo miró como si sospechara una trampa. Con cuidado, extendió la mano y tomó el cigarrillo y la caja de cerillas de Béart. Encendiendo el cigarrillo, exhaló.

—No hace falta que me lo agradezcas —dijo Béart, vagamente ofendido por la falta de reconocimiento. Se dio cuenta de que se sentía un poco intimidado por este hombre de piel oscura con sus ojos negros y mirada acerada.

—¿Con quién hablas, Béart? —preguntó Sarde.

—Con él, por supuesto.

—¿El Capitán Turco? Eres un estúpido, igual podrías hablar con tu caballo.

A la mañana siguiente, los tres hombres se levantaron antes del amanecer, desayunaron y estaban listos. El tiempo perdió su significado mientras el segundo y tercer día pasaban en una neblina, fundiéndose en uno solo.

En la cuarta mañana, habiendo ensillado los caballos y la mula, partieron justo cuando el sol brumoso comenzaba a asomarse por el horizonte, sus

sombras extendiéndose ante ellos. —Todavía queda un largo camino por recorrer —murmuró Béart.

—Hace un poco de viento hoy, ¿no? —dijo Sarde.

—Se calmará.

Pero no lo hizo. Al principio, la arena soplaba alrededor de los pies de los caballos, haciéndose cada vez más fuerte. Era como si el desierto les estuviera advirtiendo, una advertencia desatendida por los dos franceses. Seguían avanzando pesadamente, hora tras hora, el viento arremolinándose a su alrededor, los caballos teniendo que levantar los pies. Béart se bajó el casco y se subió la bufanda para cubrirse la boca, pero no le dio importancia. El Capitán Kazaz se volvió y le dijo algo, señalando al horizonte. Poniéndose de pie en los estribos, Béart no podía entender de qué estaba hablando. —Eh, Sardine, el Capitán Turco está preocupado por algo —gritó Béart.

—Le daré algo de qué preocuparse si no se calla —fue la respuesta de Sarde.

—¿Soy yo o de repente hace frío?

—Maldita sea, tienes razón. ¿Por qué está tan oscuro? ¿Dónde diablos está el sol?

El Capitán Kazaz les gritó algo, gesticulando.

—Cristo, Sarde, él sabe algo.

Y entonces les golpeó.

En un instante, su mundo se volvió amarillo.

Presa del terror, Béart forcejeó con las riendas, tratando desesperadamente de no caerse. La arena descendía como si Dios mismo se la hubiera arrojado a la cara. Gritando, la arena le llenó la boca, a pesar de la bufanda, la arena cegándolo. Tenía gafas protectoras en su mochila, pero ¿dónde estaba su mochila? El mundo comenzó a girar, más y más rápido, todos los límites de la normalidad borrados, lanzado como si no pesara nada. El ruido del viento aullante martilleaba sus oídos; todos sus sentidos fueron asaltados. Héctor

debajo de él se retorcía y gritaba. La intensidad era implacable. «No puedo respirar», gritaba su mente; «no puedo respirar». El viento y la arena lo derribaron de Héctor como un bolo. Sentía como si estuviera cayendo a través del espacio, interminable y eterno, sin sentido de la dirección. Completamente desorientado, no podía ver, oír ni sentir nada, solo era consciente del miedo absoluto y su desesperada vulnerabilidad. La arena azotaba su cara como si un millón de agujas le pincharan a la vez. «Me va a enterrar», pensó, con cada fibra de su ser en pánico; «me va a enterrar». Incapaz de decir si estaba erguido o boca abajo, el viento lo derribó, lo azotó, lo golpeó. Quería acostarse en posición fetal, cerrar los ojos y hacer que todo desapareciera, pero el miedo a ser enterrado vivo lo detuvo.

Cuánto duró, no tenía idea: podría haber sido un minuto, podrían haber sido seis horas. Pero entonces, de repente, se detuvo. Respirando frenéticamente, Béart intentó abrir los ojos, llorando de dolor mientras los minúsculos gránulos de arena raspaban sus globos oculares. A cuatro patas, tosió, escupió y vomitó la arena, temiendo no poder nunca purgar su interior de esa cosa. Aún oscuro, miró a su alrededor, entrecerrando los ojos, y se dio cuenta con absoluto pavor que nada era igual. Parecía la superficie de un planeta lejano. Todo gris. Llamó a Sarde, a Héctor, incluso al Capitán Kazaz. Su voz regresó a él en eco, suspendida en el viento más tranquilo pero aún amenazante. Puso su mano en su cabeza y se dio cuenta de que, a pesar de la correa, su casco había sido arrancado. Buscó su mochila pero se dio cuenta de que eso también se había ido, al igual que su rifle. Todo lo que quedaba era su cinturón con su funda, con su revólver dentro. Pero nada más. Entonces el miedo le agarró por la garganta: estaba prácticamente muerto. Sin comida, sin agua, sin caballo, sin brújula, nada. Nada en un mundo de nada.

Al ponerse de pie, sus piernas fallaron. Arrastrándose a gatas, gritó pidiendo ayuda. Fue entonces cuando lo oyó. Con renovadas fuerzas, se puso en pie. —¡Hector! —gritó, con la garganta como papel de lija—. ¡Hector! Podía ver la silueta del caballo. Levantando los pies entre la arena, avanzó tambaleándose hacia su caballo. Hector levantó la cabeza cuando Béart cayó contra él, sollozando. Y todavía unido a sus cuartos traseros estaba la mochila de Béart con su brújula, comida y un bidón de agua. El caballo tenía un aspecto horrible, con el pelo muy enmarañado y los ojos cubiertos

de arena. Vertiendo pequeñas cantidades en la palma de su mano, le ofreció agua a Hector, que la bebió ávidamente, con su lengua y las cerdas de su hocico rozando contra la palma de Béart. Intentó quitarle lo peor de la porquería de los ojos. —Buen chico, buen chico. El forraje de Hector se había ido con la mula. Escrutando el horizonte, acarició al caballo. —Vamos a salir de esta, Hector. Dios sabe cómo, pero lo haremos.

El viento finalmente había amainado, pero el cielo seguía oscuro y una niebla cargada de arena se asentaba sobre las dunas. Se sentía como el último hombre sobre la tierra. Consultando la brújula, empezó a caminar, guiando a Hector por las riendas. —Por aquí es el norte —dijo, abriéndose paso entre la arena—. Oh, mierda, estás cojeando. —Dando palmaditas en el flanco del caballo, dijo—: Vamos, chico, veamos qué te pasa. La calza blanca estaba ensangrentada; se había cortado; el corte era profundo y estaba incrustado de arena. No tenía forma de limpiarlo, el botiquín se había perdido en la tormenta.

Oyó una voz, un grito que venía de alguna parte. —¿Quién es? —gritó—. ¿Sardine? La figura se dirigió hacia él, como un cadáver que se levantaba de la tierra, envuelto en niebla. —¿Eres tú? ¿Sardine?

—Merhaba, hola.

—Capitán turco, eres tú. —Instintivamente, buscó su revólver, desenganchándolo de su funda.

—¿Dónde está tu mula? ¿Dónde está el soldado Sarde?

El turco habló rápidamente, señalando vagamente a la distancia.

—¿Dónde está tu mochila?

El turco imitó el gesto de beber. A regañadientes, Béart le permitió un sorbo, no más. Una oleada de ira surgió a través de él, tomándolo por sorpresa; odiaba al hombre con una intensidad que nunca había sentido antes. Se dio cuenta de que iba a tener que compartir la poca agua que él y Hector tenían con el maldito turco; y a cambio, el turco no podía ofrecer nada. Todo tomar, nada dar. Le dispararía al hombre; ¿qué le importaba salvarlo, entregarlo por el bien de una información que probablemente estaría obsoleta cuando la recibieran?

Con su revólver, le indicó el camino a seguir. —Camina —dijo—. Vamos, camina.

El turco le lanzó una mirada de odio.

Caminaron y caminaron, cuánto tiempo, Béart no lo sabía, sin tener noción del tiempo. Caminando, caminando, Kazaz por delante, la arena succionando sus pies, agotando sus fuerzas, solo el sonido de Hector mordisqueando su bocado. Pronto se sintieron exhaustos. El turco hizo un gesto, preguntando si podía montar el caballo. —No, cabrón, tiene la pata herida; está sufriendo.

Finalmente, Kazaz cayó de rodillas. Hector resopló, levantando su pata con la calza. —Lo sé, lo sé —dijo Béart, acariciándolo. El capitán turco imitó comer y beber. —Vale, igual podemos descansar un poco.

Sentado con las piernas cruzadas, Béart le pasó al turco una lata de carne en conserva de la mochila, indicándole que la abriera. Pequeños insectos se desplazaban rápidamente por la arena.

—Suficiente —dijo Béart después de que el turco hubiera tomado solo un par de bocados—. Vamos, devuélvemela. —Kazaz no parecía dispuesto, apretando su agarre alrededor de la lata. Béart amartilló su revólver. A regañadientes, el turco se la devolvió. Sacando un puñado, Béart se puso de pie para alimentar a Hector. El turco chilló en señal de protesta.

Béart saltó sobre él, empujándolo hacia atrás. —Aléjate, cabrón. Podría matarte sin pensarlo; así que si sabes lo que te conviene, no te metas. Puedes morirte de hambre por lo que a mí respecta, pero ese caballo... no, él no va a morir por ti. ¿Entendido?

Kazaz, con los ojos impregnados de odio, asintió.

Volviendo a Hector con la carne en conserva, alimentó al caballo. Hector parecía exhausto, sus ojos habían perdido su brillo, su boca llena de saliva. —Sé que es carne, amigo, pero tienes que comer algo. Tienes que mantener tus fuerzas, ¿eh? ¿Sí? Buen chico. Te traeré agua. Te llevaré de vuelta aunque sea lo último que haga. Solo imagina, Hector, estás en un gran campo allá en casa. Hierba verde y exuberante, y árboles a los lados, el sol

brillando, no como este, solo un sol suave y algunas nubes esponjosas. Solo tú y un par de señoritas. Imagina, Hector, imagina eso.

Hector sacudió la cabeza de izquierda a derecha; parecía estar imaginándolo.

Volviendo a sentarse, Kazaz y Béart se miraron. Podía ver su odio por el hombre reflejado en los ojos del turco.

Cayó la noche. Encendiendo una linterna, Béart se sentó de nuevo frente a Kazaz, apoyándose en su mochila, con el revólver aferrado en su mano. Finalmente, el hombre se durmió. Las palabras de Sarde volvieron a él, pero ahora era peor. El turco podía dormir, pero él, Béart, no podía, sabiendo que no podía permitirse quitarle los ojos de encima ni por un segundo; convencido de que el hombre era capaz de matarlo con sus propias manos.

Qué pequeño se sentía bajo el cielo nocturno que se cernía sobre él en su infinitud; qué insignificante se sentía rodeado por esas montañas de arena, arena por todas partes, arena, arena, arena. Oh, estar en casa en la granja, jugando en los campos, una comida caliente y cocinada esperándole en la cálida cocina, su madre con ese delantal estampado de rosas, cucharón de madera en mano, recibiéndole con un beso en la cabeza. Oh, estar en casa... tan lejos, hace tanto tiempo, hogar...

*

Fue un coro de pequeños sonidos lo que le despertó: el crujido de la silla de Hector, un resoplido, el chasquido de un casco contra una piedra, el tintineo del bidón de agua. Béart abrió los ojos sobresaltado; el sol flotaba justo sobre el horizonte. Se puso de pie al instante, con el revólver aún en la mano. —¡Eh, para, para!

Kazaz, clavando los pies en los costados de Hector, espoleó al caballo.

—¡Para! ¡Para o disparo!

Pero no iba a parar, Béart lo sabía. Levantando el brazo, apuntó, entrecerrando los ojos contra el sol rojizo. Tratando de estabilizar su brazo tembloroso, disparó. Y falló. Disparó de nuevo, nervioso, una, dos, tres veces. Tiros salvajes. El turco azotó al caballo con las riendas, instándole a

seguir, pero Hector, que momentáneamente se tambaleó, no tenía prisa. Béart sabía que solo tenía una oportunidad más. Si fallaba de nuevo, el turco estaría demasiado lejos. Su vida dependía de esto. Ojo izquierdo cerrado, mano izquierda estabilizando su brazo derecho, apuntó. El disparo resonó. Kazaz se desplomó. —¡Sí! —Observó con el corazón palpitante cómo el turco se deslizaba de la silla, aterrizando en la arena en un montón.

Dejando atrás su mochila, corriendo lo mejor que pudo, Béart encontró a Kazaz respirando, todavía vivo. Hector se había detenido a pocos metros, jadeando, luchando.

Kazaz, de espaldas, miró el revólver de Béart que le apuntaba, una fina línea de sangre brotando de su boca. La imagen de la exótica esposa del hombre pasó por la mente de Béart. Demasiado joven para ser viuda.

—Por favor... mátame —dijo el turco entre respiraciones.

—Tú... ¿hablas francés?

—Sí, hablo francés.

—Hablas francés. —Claro, recordó la reacción del turco cuando estaba rodeado por el mayor y los tenientes—. ¿Quieres decir que no teníamos que hacer esto? Si el mayor hubiera sabido... No estaríamos aquí. Tú... cabrón, maldito cabrón.

—Que te jodan, francés. —Resopló, una especie de risa. Sus ojos se vidriaron.

Tensando su brazo, Béart presionó su dedo contra el gatillo. Conteniendo la respiración, se instó a hacerlo, a matarlo, a matar al bastardo... Pero no pudo. En su lugar, reuniendo cada onza de su fuerza, lanzó su bota, golpeando al turco en las costillas.

Pero el hombre ya estaba muerto.

—¿Hector? ¿Hector? —El caballo se había desplomado en el suelo, tendido de lado en la arena. Acercándose con dificultad, perdiendo pie en la arena, Béart llegó hasta el caballo, apartando el mechón de la frente de sus ojos—. Hector, ¿qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Hector jadeaba pesadamente, emitiendo ocasionalmente un extraño ruido de gorgoteo, sus ojos inundados de miedo. Béart pasó las manos por sus flancos. —No me hagas esto, Hector; hemos llegado demasiado lejos para que termine así. Por favor, Hector, levántate, ¿eh? Para esto, ¿quieres? Te traeré agua. Eso estaría bien, ¿verdad? —Le quitó el bocado de la boca al caballo, aflojó la cincha e intentó quitar lo peor de la arena. Fue entonces cuando lo notó—. Oh, mierda. Oh, mierda, no... —Un círculo de sangre en sus cuartos traseros que atraía a viles mosquitas—. Por favor, Dios, no... —La enormidad de lo que había hecho le golpeó como una patada en el estómago: una de sus balas perdidas le había alcanzado—. Oh, Dios, lo siento —sollozó, enterrando su cara en el cuello de Hector—. Lo siento, Hector, lo siento...

Y allí permaneció, por cuánto tiempo no lo supo, pero el sol se había levantado por completo, quemándole la nuca. Hector se estaba muriendo, pero lo hacía lentamente. Todo su cuerpo temblaba continuamente, su boca se llenaba de espuma con secreciones y bilis. Estaba agonizando. Béart quería llorar, pero no, tenía que mantenerse fuerte, aunque solo fuera por unos momentos más.

Comprobó el tambor del revólver: dos balas restantes. Una para cada uno, pensó. Tragó saliva. Esta vez, sabía, solo tenía una oportunidad; si perdía el valor, nunca lo recuperaría. Besó al caballo sobre el ojo, saboreando la arena y la suciedad. Acarició las orejas del caballo. Esta vez no hubo sonrisa. Amartilló el revólver.

—Solo piensa, eh, Hector. Pronto estarás en ese campo. El que tiene todas las yeguas para hacerte compañía en tu vejez. Piensa en toda esa hierba húmeda, toda la que puedas comer, y habría un río; sí, un río con agua fría y fresca. Eso sería agradable, ¿verdad? El sol brillará, un sol agradable, no como este, y podrás resguardarte bajo los árboles. —Presionó su dedo contra el gatillo—. Y después de la guerra, después de que todo esto termine, iré a visitarte. ¿Sí? Prometo que te visitaré todos los días. Sería perfecto, ¿eh? Todo será perfecto, amigo mío. —El caballo le miró, sus enormes ojos negros reflejando el sol. Parecía saberlo—. Mi querido amigo...

Y entonces apretó.

*

Henri Moreau observó a Roger Béart. —Disparaste a un hombre desarmado por la espalda.

—No fue así.

—Parece que sí.

—¿Y qué? Le disparé. Tuve que hacerlo; no tenía elección.

—¿Alguien que podría haber proporcionado información útil a tus comandantes? Sea cual sea la circunstancia, no me parece correcto.

—Déjalo en paz, Henri —dijo Gustave Garnier.

—¿Y qué habrías hecho tú, eh? —preguntó Béart.

—Disparar al caballo y mantener vivo al turco.

—Disparé al caballo; simplemente no fue mi intención. Amaba a ese caballo, de verdad, sabes...

—¿Y luego una patrulla te encontró? —preguntó Antoine Leclerc.

—Sí. —Béart suspiró—. Estaba listo para pegarme un tiro en la cabeza, pero sí, me encontraron, y también encontraron al turco.

—¿Y dices que esto fue en 1917, Roger? —dijo Garnier—. Hace más de cincuenta años. ¿Y todavía duele un poco?

Béart asintió.

—Por supuesto que sí —dijo Leclerc—. El tiempo no siempre cura. Quizás he tenido más suerte que la mayoría. Si quieres, os contaré mi historia ahora. ¡Prometo que tiene un final feliz!

La historia del arquitecto

Drancy, al noroeste de París, febrero de 1944

Yacía en mi litera de paja, tiritando, mirando fijamente las tablas de madera de la litera sobre mí. Otro día de letargo, de aburrimiento y hambre, entrelazado con la constante ansiedad, se extendía ante mí. Llevaba ya cinco meses aquí. Había estado aquí tanto tiempo que casi había olvidado cómo era mi antigua existencia. Esta era ahora mi vida, un barracón que contenía ciento ochenta hombres, judíos, como yo, despreciados y condenados por la sociedad. Y Dios, teníamos hambre, la resaca del dolor constante, el vacío eterno.

Una vez, no hace mucho tiempo, había sido un pilar de la comunidad, un arquitecto, nada menos, aunque uno junior, pero respetado, sin embargo, reverenciado. Pero era la vida que pertenecía a alguien diferente, alguien bastante arrogante, un hombre que daba las cosas por sentadas, un hombre que flotaba por la vida sintiéndose ligeramente superior. Puedo mirarme ahora y ver lo necio que había sido. Nunca podemos dar nada por sentado en esta vida porque nunca sabemos cuándo nos quitarán la alfombra de debajo de los pies. El hombre que dormía sobre mí era, o más bien, había sido, un trabajador agrícola, el hombre encima de él, un desempleado holgazán, un vago y perezoso holgazán. En otro tiempo, nunca habría hablado con tales hombres, no teníamos nada en común, o, si lo teníamos, me habría esforzado mucho por no encontrarlo. Pero aquí, las cosas son diferentes. Pronto aprendí a dejar de lado mis prejuicios y los acepté, no por lo que hacían, o no hacían, sino como hombres, tan dignos y tan falibles como yo. He descartado mi manto de superioridad, desechado mi vanidad porque ahora siento tanto afecto por estos hombres, mucho más del que tenía por mis amigos en mi vida anterior. Allá, la amistad se basaba en lo que podíamos hacer los unos por los otros; su fundamento estaba construido sobre el egoísmo. Aquí, somos simplemente amigos, los mejores amigos. Somos hermanos. Somos una comunidad aquí, una basada en el verdadero compañerismo, una comunidad de los condenados. Aquí somos corderos.

Nunca olvidaré el día, el primero de febrero, del año 1944. No había visto a mi esposa o a mi madre durante semanas. Nos mantenían separados en Drancy. Solo esperaba que todavía estuvieran juntas, haciéndose compañía, manteniéndose vivas. A las cinco de la mañana, nos llamaron para pasar lista. Me obligué a levantarme de mi litera, con los miembros pesados, la mente empañada por la fatiga. Todos nos dimos los buenos días. Podíamos estar viviendo en condiciones que avergonzarían a un cerdo, pero nos esforzábamos tanto por mantener nuestros estándares, diciéndonos buenos días, diciendo «después de ti» si nos atascábamos en la puerta. Todos parecíamos tan viejos. La privación envejece a una persona como nada más. Todos estábamos demacrados, delgados como rastrillos, con la piel amarillenta, barbas desaliñadas, ojos hundidos. Nunca nos daban calefacción en esos enormes barracones, pero con tantos de nosotros amontonados, de alguna manera se mantenía una delgada capa de calor. Salimos arrastrando los pies hacia el patio con nuestros frágiles monos y casi nos doblamos bajo el embate del frío severo y cortante.

Permanecimos de pie, espaldas rectas, ojos arriba, mirando al frente. Ay del hombre que no lo hiciera. Teníamos que luchar contra nuestra debilidad, el vacío de nuestro interior. Estábamos rodeados de guardias, varios con perros, manteniéndonos bajo su vigilancia atenta. Un guardia francés, envuelto en un grueso abrigo, una bufanda y un par de guantes calientes, gritó nuestros nombres uno por uno. Y uno por uno, respondimos, confirmando nuestra presencia. Todo el proceso llevó una hora. Una espera agonizante en el frío penetrante. Al final de esta rutina tortuosa, leían cualquier anuncio especial: un nuevo reglamento, órdenes de los alemanes, un cambio en nuestras ya escasas dietas, ese tipo de cosas. Pero lo peor, lo que todos temíamos, era el anuncio del siguiente transporte fuera de aquí. Entonces, esperábamos con el corazón en un puño mientras leían los nombres de aquellos destinados a estar en el próximo tren - un «cambio de residencia». Hasta ahora, había tenido suerte, pero sabía, como todos, que era solo cuestión de tiempo. Y hoy, el primero de febrero, fue mi turno - escuché mi nombre resonar por todo el patio. Antoine Leclerc. Parecía flotar en la brisa, haciendo eco en mi mente. Dejé escapar un pequeño grito, demasiado silencioso para ser oído por los guardias, pero un grito de todos modos. Apreté los puños y estiré la mandíbula.

El guardia continuó: «Los asignados para el próximo transporte deben recoger sus cosas y presentarse de nuevo aquí en dos horas. Los que lleguen tarde serán fusilados». Hizo una pausa para permitir que esta pequeña aclaración calara. Llegaré tarde, pensé. Seguramente, mejor una bala aquí que lo que me esperaba al otro lado. Nos despidieron. Lentamente, todos regresamos a nuestros barracones. Una vez dentro, nos abrazamos y pisoteamos el suelo, tratando de calentarnos. Teníamos dos horas. Eso significaba que todavía teníamos tiempo para el desayuno. Por supuesto, «desayuno» era un eufemismo. Un té negro y la más pequeña y dura losa de pan imaginable. Sostenía ese trozo de pan y cada día decidía cómo quería comerlo: si mordisquearlo y prolongar el éxtasis o si tragármelo en dos o tres bocados simplemente por la alegría momentánea de algo pequeño pero tangible en mi estómago.

Después de nuestro escaso desayuno, regresamos a nuestros barracones, como de costumbre, pero esto era diferente, porque sabía que nunca lo volvería a hacer. Recogí mis dos artículos: un peine y un pequeño libro de cuentos de Voltaire. Esa era la suma total de mis posesiones. Coloqué el peine negro contra mi labio superior, choqué los talones y extendí el brazo. Mis compañeros rieron con ganas como si nunca antes hubieran visto mi imitación de Hitler. Placeres tan simples. Y luego llegó el momento de despedirse. Miré a mi amigo desempleado y holgazán y dije: «Tú... eres una desgracia, un absoluto sinvergüenza».

—Sí —dijo—. Pero sé que me quieres como a un hermano.

Y en ese momento, casi estallé en lágrimas porque, maldito sea, tenía razón. Lo quería. Lo abracé. —Te echaré de menos —dije.

—Yo también te echaré de menos, esnob engreído.

Me besó en la mejilla.

—Cuídate —dije. Y con eso, me fui.

Me reuní con mis compañeros condenados afuera, bajo el cielo gris plomizo, tal vez hasta mil hombres, mujeres y niños. Temblé. Ya no hacía tanto frío, pero la desnutrición nos dejaba a todos vulnerables al frío. No había visto a una mujer de cerca durante meses. Quizás, solo quizás,

Madeleine podría estar aquí, mi madre también. Sabía que tenía un par de minutos antes de que nos llamaran a formar, así que rápidamente, me deslicé alrededor, empujando a la gente a un lado, buscando, buscando... No era el único; todos estaban buscando a un ser querido, empujando a otros en su desesperación, gritando nombres. Es asombroso, pensé, cómo personas tan debilitadas pueden encontrar tal fuerza increíble. Yo era uno de ellos. No quería verlas, a mi hermosa esposa, a mi querida madre. Realmente no quería verlas, saber que ellas, como yo, estaban a punto de embarcarse en su último viaje, pero al mismo tiempo, habría entregado mi alma para ver a cualquiera de ellas una última vez. Y entonces las vi, a las dos, juntas, tomadas de la mano. Mi corazón dio un vuelco. Intenté gritar el nombre de mi esposa, pero murió en mis labios. Parecía mucho mayor, tan demacrada, tan sucia, tan disminuida, pero hermosa, aún hermosa, tan hermosa como el día que la vi por primera vez, hace tantos, tantos años, el día que me enamoré de ella. Y la vi hoy como si la estuviera viendo por primera vez, y mi corazón dio un salto mortal mientras me enamoraba de nuevo. Mi esposa, mi hermosa esposa. —¿Madeleine? Madeleine...

Ella se volvió al oír mi voz. Me miró como si fuera un extraño para ella. Pude ver la confusión, casi el pánico, en sus ojos. Le tomó unos segundos enfocar la mirada, darse cuenta de que era yo, su marido, de pie ante ella. Sabía por qué - yo también había cambiado casi hasta el punto de ser irreconocible. —¿Antoine? ¿Eres... eres tú?

—Madeleine.

—Oh, Dios mío, Antoine —Caímos en los brazos del otro y nos abrazamos fuertemente, respirando el aroma del otro, agradecidos de habernos encontrado. Llevaba una rebeca azul oscuro y una falda de cuadros.

—Nunca pensé que te volvería a ver —dijo, tragándose las lágrimas—. Oh, mi cariño, mi dulce cariño, no he dejado de pensar en ti.

La amaba tanto. Podían destruirnos físicamente, incluso espiritualmente, pero nadie podía destruir el amor, un amor como el nuestro.

Me volví para saludar a mi madre. No pude hablar. Mi pobre madre. —Mamá...

—¿Eres realmente tú, Antoine? —No dijo las palabras, las articuló con los labios. No le quedaba voz. La rodeé con mis brazos e intenté no estremecerme al sentir sus huesos. Sus ojos acuosos estaban perdidos en una neblina grisácea, su cabello estaba quebradizo, su piel como pergamino. Apenas podía mantenerse en pie, apoyándose pesadamente en un bastón.

Tomé su delicada mano y froté mis dedos sobre su piel seca y fina como el papel. Miré a Madeleine. Ella negó con la cabeza. Mi madre, a principios de los sesenta, parecía tener cien años. ¿Cómo podía haber envejecido tanto en cinco cortos meses? Pero, por supuesto, sabía la respuesta. Estos meses han sido todo menos cortos. Habían sido los cinco meses más largos de nuestras vidas. La ansiedad es una asesina; cuando la ansiedad es extrema, cuando su presencia diaria eclipsa todo lo demás, puede matar el espíritu, a la persona.

—¿Qué te ha pasado, mamá? —Lo dije, y luego inmediatamente me arrepentí. No tenía necesidad de preguntar; era obvio. La respuesta estaba en una palabra: Drancy.

Mi mamá sonrió, pero salió como una mueca, y sus dientes... Oh Dios, sus dientes.

Me volví hacia Madeleine. —No puede subir a ese tren —dije en un susurro —. Será su muerte.

—Lo sé, Antoine. He suplicado, pero...

—¿Pero?

—Ya sabes cómo son. No les importa.

Una voz amplificada cortó nuestras conversaciones. Una voz autoritaria, poniéndonos en orden; ordenándonos que nos pusiéramos en filas ordenadas. Tomé la mano de mi madre.

Todo sucedió tan rápido, la brutal eficiencia de la muerte. Su dedo flotaba sobre nosotros mientras nos organizaban y nos colocaban en grupos y luego nos metían en un autobús, uno de muchos. Ayudé a madre a subir al autobús y me aseguré de que tuviera asiento. Me senté junto a ella; Madeleine detrás. El autobús pronto se llenó. La gente sollozaba y lloraba. Los niños

se aferraban a sus madres, sus ojos inyectados de miedo. Nadie hablaba. Tardaron una eternidad en subir a todos, pero eventualmente, estábamos listos, y el convoy de autobuses traqueteó a través de las puertas de Drancy y salió a campo abierto.

Pasamos por el campo gris, campos de gris que se extendían en la distancia. Edificios lejanos, casas con chimeneas humeantes. Adelantamos un carro tirado por caballos, el conductor saludando incongruentemente a medida que pasaba cada autobús. El autobús nos transportó apenas tres kilómetros al sur hasta la estación de tren en la ciudad de Bobigny. La estación había estado cerrada antes de la guerra, pero los alemanes la habían reabierto específicamente para sus transportes desde Drancy. Para cuando llegamos, todavía solo eran las nueve de la mañana.

El tren nos esperaba, una locomotora de aspecto maltratado y, detrás, varios vagones, quizás hasta veinticinco. Salpicados por el lugar había numerosos guardias franceses y alemanes con sus perros, esperando nuestra llegada. Se nos ordenó bajar del autobús. Me aferré a la mano de mi madre, acariciándola, tratando de calmarla. Madeleine tomó su otro brazo. —Date prisa —gritó uno de los guardias mientras ayudaba a madre a sortear los empinados escalones para bajar del autobús—. Date prisa.

Los guardias nos empujaron desde los autobuses al tren que esperaba, gritándonos, insultándonos. «Más rápido, más rápido. Moved, moved. Daos prisa, daos prisa». A nosotros, los pasajeros de nuestro autobús, nos dijeron que subiéramos a uno de los vagones centrales. Habían colocado una tabla contra el vagón para facilitar que los ancianos y los débiles, como mi madre, subieran. Madeleine fue primero y me ayudó a guiar a mi madre hacia arriba, mientras mi madre usaba su bastón. —Dame tu mano, Agnès. Eso es.

En todas partes, los mismos gritos: «Arriba, arriba, arriba». Mi libro de Voltaire se cayó de mi bolsillo. Quería recuperarlo, pero de alguna manera fui arrastrado por la oleada de gente. Podía oír a madre hablando consigo misma, pero tal era el ruido a mi alrededor que no podía distinguir sus palabras. Un soldado alemán nos contaba al entrar.

Y así nos encontramos en un vagón, cuatro paredes de madera, una pequeña ventana enrejada en el extremo delantero, un poco de paja esparcida y dos cubos, uno lleno de agua, el otro vacío. Calculé que el vagón medía unos siete metros y medio por dos y medio. No había sitio para sentarse. Apoyé a madre contra la pared mientras otros se unían a nosotros, uno tras otro tras otro. Rápidamente se llenó de gente allí dentro a medida que más y más personas eran obligadas a entrar. —¿Cuántos más? —preguntó Madeleine. Pronto la gente se apretujaba contra mí, y todavía seguían viniendo, más y más y más. La gente gritaba: «Moveos, moveos, haced sitio». «No hay más sitio». «Muévete, ¿quieres?». «Moveos». Mantuve la vista en mi madre. Madeleine y yo intentamos protegerla. Mi corazón latía contra mi pecho mientras me golpeaba la verdadera comprensión: íbamos a estar apretados así cientos y cientos de kilómetros, durante dos, tres, quizás cuatro días. Seguramente, seguramente, no pueden hacernos esto. Mi pobre madre. Necesitaba comodidad, un asiento, cualquier cosa menos esta barbarie. Simplemente no podía ver cómo podríamos sobrevivir a esto, especialmente mi madre. Una voz alemana nos gritó: «Hay ciento dos de vosotros aquí. Ya sea muertos o vivos, aseguraos de que haya ciento dos al otro lado».

Y entonces cerraron las puertas, sumiéndonos en la oscuridad salvo por el haz de luz de la ventana rectangular. La gente gritó. Alguien vomitó, haciendo que más personas se movieran. Podía oír más puertas cerrándose más abajo en la vía, una tras otra. Los alemanes afuera continuaban gritando y vociferando instrucciones: a nosotros, a los franceses, entre ellos.

Un hombre dentro del vagón alzó la voz. —Amigos, por favor, calmaos —. La voz pertenecía al rabino Drucker. Apenas podía distinguirlo, con un brazalete amarillo alrededor de su manga superior; los alemanes lo habían designado como nuestro supervisor—. Debemos mantener la calma, por el bien de todos.

—¿Quiere que estemos calmados? —dijo la voz de una mujer desde el extremo opuesto del vagón—. ¿Aquí dentro?

—Sé que es difícil, pero somos muchos. Tenemos un largo viaje por delante; debemos cooperar, debemos ayudarnos unos a otros durante nuestro momento más oscuro.

—Oh, estamos cooperando, desde luego. Siempre hacemos lo que los alemanes nos dicen.

—Tenemos con nosotros un par de funcionarios con un pequeño suministro de medicinas para quienes lo necesiten. Los alemanes también les han proporcionado pan, que debemos racionar estricta y equitativamente.

Pan. Incluso la palabra bastaba para hacerme salivar.

No ocurrió nada durante un rato, cuánto tiempo no lo sé; ya estaba perdiendo la noción del tiempo. El vagón quedó en silencio salvo por algún sollozo ocasional, pero nadie hablaba. Era como si todos contuviéramos la respiración, esperando, simplemente esperando. Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Ahora podía ver cosas, distinguir rostros. Madeleine tomó el bastón de mi madre y con cuidado la ayudó a sentarse en el suelo de madera. Sus piernas, como cerillas, parecían tan vulnerables y expuestas. ¿Y si alguien las pisaba? Se partirían y romperían.

Finalmente, el tren cobró vida con una sacudida. Se elevó un nuevo grito, desde nuestro vagón y todos los vagones a ambos lados. Esto era, el comienzo de nuestro viaje final.

Comencé a sudar, consciente de cómo me bajaba por la espalda, haciéndome cosquillas en la piel. Se me había quedado la boca seca, la lengua pegada al paladar. Me arrodillé y tomé la mano de mi madre. Alguien dio un paso atrás y me empujó. Me apresuré a proteger las piernas de mi madre. Levanté la vista y vi a una niña pequeña de unos cinco años agarrada a las piernas de su madre, con la cara húmeda por las lágrimas.

El tren ganó velocidad. Estábamos en marcha. Destino desconocido, nuestro destino incierto. La gente estaba tarareando. El rabino Drucker dirigía un himno, su voz monótona me irritaba los oídos. Después de un rato, la gente empezó a hablar. El consenso general era que nos trasladaban a Polonia para trabajar. —Escuchad —oí decir a un hombre de voz profunda para que todos pudieran oírle—. Tenía unos francos conmigo, y un par de alemanes me hicieron entregarlos, y me dieron un recibo a cambio. Mirad... —vi su mano agitando un trozo de papel por encima de su cabeza—. Dijeron que una vez estuviéramos en Polonia, podría dar este

recibo al consejo de ancianos y obtener el mismo valor en dinero polaco, menos un poco por comisión.

Alguien se rio. —¿Y les creíste?

—Sí, ¿por qué no? Necesitan la mano de obra en Polonia.

Miré a mi madre. De ninguna manera podría trabajar.

Madeleine se arrodilló a mi lado. —¿Cómo está?

—No muy bien.

Me acarició la cara. —Te he echado de menos, Antoine.

Intenté sonreír. —Yo también te he echado de menos.

La miré y por un brevísimo momento volví a ver a la mujer de la que me había enamorado hacía tantos años; vi el brillo en sus ojos, el resplandor de su pelo tan negro, su voz suave y su alma gentil. Nos conocimos en un café cerca de Notre Dame. Yo era estudiante, la política mi materia, Madeleine una camarera. Era el verano de 1939. Aquella primera vez, entré con unos amigos, y me enamoré de la bonita y sonriente camarera en el momento en que la vi. Regresé al día siguiente, esta vez solo. Apenas tenía dos céntimos para juntar, pero simplemente tenía que verla. Debía de tener escrito "empobrecido" por todas partes porque, sin pedirlo, me sirvió un pastel y se llevó el dedo a los labios. Para mi joven y entusiasta ser, decidí que esto, en sí mismo, era una declaración de amor. Simplemente tenía que invitarla a salir. Cada vez que iba, estaba decidido a hacerlo, y cada vez, me fallaba el valor. Al final, ella me invitó a salir. Fuimos a un bar en el Barrio Latino una noche, y hablamos y bebimos y reímos. Sigue siendo la noche más feliz de mi vida. Seis meses después estábamos comprometidos, pero nunca tuvimos la oportunidad de casarnos. Seis meses después, Alemania invadió y Francia cayó. Nunca tuvimos la oportunidad de tener hijos. Y justo ahora, en este estrecho vagón que se dirige hacia el este, lo agradezco.

Madeleine dobló las piernas de mi madre para que no estuvieran tan expuestas. Me levanté y sentí crujir mis rodillas. Soy viejo antes de tiempo. El rabino Drucker ahora estaba cantando los salmos del rey David, muchos de mis compañeros se unieron, encontrando consuelo en las palabras

familiares, en su ritmo. Hacía un calor horrible y era claustrofóbico dentro del vagón, a pesar del viento frío y cortante que soplaba a través de la rejilla de la ventana abierta.

Necesitaba aliviarme. Me abrí paso a codazos hasta la esquina del vagón, disculpándome mientras avanzaba poco a poco. Una pareja mayor se había encargado de sostener una manta, protegiendo a la persona que usaba el cubo, ofreciéndole un cierto grado de privacidad. Tomé mi lugar en la cola. Por supuesto, era mucho más difícil para las mujeres. Noté que el segundo cubo, el que tenía nuestra agua, había sido volcado. Mis entrañas se tensaron ante la idea de sobrevivir en este vagón durante tanto tiempo sin agua. Sonreí a una mujer de pelo enmarañado cuando salió de detrás de la manta, con los ojos bajos. Ocupé su lugar e instintivamente mi mano fue a mi nariz mientras vomitaba. ¿Era esta realmente la forma de tratar a los seres humanos?

Las horas pasaron. El continuo traqueteo del tren retumbaba en mi cabeza. La gente se balanceaba con el movimiento del tren. Cómo deseaba tener mi Voltaire para ayudarme a pasar el tiempo. El hambre me atenazaba ahora, más intensa que antes. Habíamos estado hambrientos desde el momento en que Francia cayó ante los alemanes. Nos quejábamos de la falta de comida, de tener siempre hambre. Demonios, poco sabíamos que aquello no era nada comparado con lo que estaba por venir. El hambre roba el espíritu de una persona; distorsiona nuestras emociones y hace que todo lo demás en nuestras vidas carezca de sentido. A menudo soñaba con comida, con banquetes suntuosos, con el placer de compartir y disfrutar. Me despertaba y aullaba cuando la realidad me golpeaba. Seguía aquí, seguía hambriento, seguía miserable; seguía siendo judío.

Sentí un tirón en la pernera del pantalón. Mi madre me miraba y con su mano me hizo un gesto para que me acercara. Me arrodillé a su lado. Soy alto, así que no fue fácil. Madeleine se unió a nosotros. Mi madre dijo algo pero su voz era demasiado frágil para oírla. Me acerqué más y puse mi oído junto a su boca.

Me tomó de la mano. —¿Recuerdas a Me Me? —dijo con su voz ronca.

—¿Me Me? —Ese era el nombre del gato de mi tío—. Sí, claro.

—La chimenea —Sus ojos se elevaron, enfocando algo alto detrás de mí. Me di la vuelta. Mi madre estaba mirando aquella pequeña ventana con rejilla.

Cuando tenía unos catorce años, el gato de mi tío se quedó atrapado en una chimenea y yo subí y lo rescaté. Era delgado y bueno en gimnasia. Disfruté del desafío, ansioso por ganarme el elogio de los adultos. Bajé cubierto de hollín de pies a cabeza con un pequeño gato anaranjado y sucio en mis brazos. De hecho, fui el héroe del momento. Mi tío nunca lo olvidó y a partir de entonces me llamó frecuentemente Antoine el Aventurero.

—Dios mío —dijo Madeleine—. Tu madre quiere que saltes, Antoine.

—¿Qué?

—Por la ventana.

Mi madre tomó la mano de Madeleine. —Los dos.

—No, Agnès. No podemos dejarte sola.

Negué con la cabeza. —No. De ninguna manera.

Mamá me acercó más. —Por favor, Antoine. Me estoy muriendo. Puedo morir feliz si sé que tú vives.

Le coloqué un mechón suelto de pelo detrás de la oreja. —Me pides demasiado, Mamá.

—Vive por mí, Antoine —Sabía que hablar le estaba costando, agotando la poca fuerza que le quedaba—. Ten hijos, Antoine. Sed felices. Los dos. Por favor, vivid. Por mí. Por mis... por mis nietos.

Tuve que apartar la mirada. Contuve la respiración, tratando de calmarme. Miré a Madeleine. Ella me hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Quería que lo hiciéramos. Miré hacia la ventana. ¿Podría trepar tan alto? ¿Tendría aún la fuerza? Ciertamente estaba más delgado que antes. ¿Y Madeleine? ¿Podría ella? Pero no, estaba fuera de discusión; simplemente no podía dejar a mi madre para enfrentarse sola a la oscuridad que le esperaba.

—No puedo, Mamá. No puedo.

Me apretó la mano. —Debes hacerlo. He vivido una buena vida, hijo mío. Una buena vida. Ahora es tu turno. Eres mi único hijo; debes hacer lo que te digo —Quería decir más, podía notarlo, pero su voz fue interrumpida por un ataque de tos.

Madeleine y yo nos levantamos.

Nos agarramos de las manos. —Madeleine...

—Debemos hacerlo. Por ella, Antoine, debemos hacerlo.

Antoine el Aventurero. Recordé cuando salté al hogar con ese gato sarnoso en mis brazos, su pelaje cubierto de suciedad, mi ropa, mi pelo, también cubiertos de hollín. Mi tío aplaudió encantado, y mi madre me miró con asombro, su cabeza inclinada a un lado, una pequeña sonrisa jugando en sus labios, y supe en ese momento lo que era ser amado. Miré ahora a mi madre y me di cuenta de que me miraba con esa misma mirada, la misma expresión de amor, y supe entonces lo que tenía que hacer.

Madeleine se arrodilló de nuevo, abrazó a mi madre y le besó la mejilla. La oí susurrar: —Gracias, Agnès —Madeleine se levantó, con las lágrimas corriendo por su rostro.

Era mi turno. —Mamá...

—Ve, Antoine, hijo mío, vete ahora. Y recuerda...

—¿Sí, Mamá?

Tragó saliva. —Recuerda que te quiero. Siempre querré a mi pequeño aventurero.

Mi corazón se hizo pedazos. Abrí la boca para decirle que yo también la quería, pero las palabras, atascadas en mi garganta, no salieron. Me apretó la mano. No hacía falta decirlo; ella lo sabía.

Madeleine me ayudó a ponerme de pie. Apenas podía verla; se había convertido en una mancha borrosa. Me sequé las lágrimas con la palma de la mano. Madeleine me rodeó con sus brazos. —Debemos hacerlo inmediatamente —susurró—. Mientras el tren aún esté en Francia o Bélgica.

Tenía razón; una vez que estuviéramos en Alemania, ya sería demasiado tarde; nadie nos daría refugio en Alemania. Tenía que ser ahora.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo? —pregunté.

—No. ¿Y tú?

Miré la ventana rectangular. Sería un apretón, sin duda, y estaba bastante alta. —No. Pero tenemos que intentarlo.

Miré a mi madre por última vez. No podía arriesgarme a inclinarme y besarla; sabía que si lo hacía, nunca la dejaría. Una sonrisa pasó por sus labios mientras me lanzaba un beso, y por un momento la vi, no como la mujer demacrada que los alemanes habían hecho de ella, sino como una mujer más joven, vibrante y cariñosa, una madre que me quería mucho.

Sentí una mano agarrar mi muñeca. Bajé la mirada hacia una mujer rubia, con un corte en carne viva en la mejilla. —¿Vais a saltar?

Asentí que sí.

Me sonrió, mostrando una dentadura ennegrecida. —Buena suerte, hijo. Que Dios esté de vuestro lado.

—Gracias.

Madeleine lideró el camino. Tardamos una eternidad en llegar con cuidado y a la fuerza hasta la parte delantera del vagón. Cuando la gente está tan apretujada, no les gusta que los muevan. Supongo que asumían que nos dirigíamos al cubo. Finalmente, llegamos allí. Otra pareja se había hecho cargo de sostener la manta. Alguien estaba usando el cubo, agachado detrás de la manta, el sonido de sus abluciones vergonzosamente alto y, a pesar del rugido del tren, demasiado claro.

Estiré el brazo y toqué la rejilla. Medía un metro ochenta, pero sabía que no era lo suficientemente alto como para tener el agarre necesario para quitar la rejilla. Madeleine me sacudió el brazo. —Antoine, ponte sobre el cubo.

—¿El cubo? —Me di cuenta de que se refería al cubo de agua volcado. Se agachó y me lo pasó. La altura adicional era todo lo que necesitaba. Podía

meter mis dedos delgados a través de los agujeros de la rejilla, pero cuando tiré, supe que nunca la quitaría.

—¡Eh! —dijo una voz cerca de mí—. ¿Qué estás haciendo?

—Vamos a saltar —dijo Madeleine, como si fuera lo más natural.

—No podéis hacer eso. No es justo.

—Tiene razón, eso no está bien —dijo otra voz, la de una mujer—. Habéis oído lo que dijeron. Tienen que contar a ciento dos de nosotros al final, si no se armará un escándalo.

—Como si no hubiera manera —dijo una tercera voz.

Todo el vagón, o eso parecía, se enzarzó en la discusión. Mientras tanto, yo me quité tranquilamente el jersey y la camisa. Sujetando la camisa, me volví a poner el jersey. Pasé el extremo de la camisa por uno de los agujeros centrales de la rejilla y tiré. No era tan fuerte como antes, pero pensé que si ponía toda mi fuerza en esto, posiblemente podría lograrlo.

Mientras tanto, a mi alrededor, la discusión se encendía. —Escucháis demasiados rumores. Nos ponen a trabajar, así que tenemos que demostrarles que les somos útiles.

—¿Con lo que nos dan de comer?

La camisa se rasgó. Caí hacia atrás, empujando a un par de personas, como una fila de fichas de dominó. Mientras nos enderezábamos, uno de ellos dijo: —Tienes que empapar la camisa en orina.

—¿Qué?

—En serio, reforzará tu agarre.

—¿Estás seguro?

—Horrible, lo sé, pero confía en mí.

No quería confiar en él. Lo intenté de nuevo, pasando la camisa por la rejilla y golpeando con el pie contra el lateral del vagón. Podía sentir que cedía un poco, pero no lo suficiente, ni de lejos. Frustrado, intenté bloquear los gritos. Madeleine parecía enfrascada en esto y sabía por qué; quería

centrar la atención de la gente en ella, dejándome trabajar en silencio. Podía oír al rabino Drucker intentando poner orden sin conseguirlo. Después de dos intentos, sabía que mi fuerza, la poca que me quedaba sin comer, me estaba fallando. Maldita sea, vivir era más importante que mis remilgos. Cogí la camisa y la sumergí en el cubo ahora lleno de orina y excrementos. Grité mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Caí hacia atrás, agarrándome el pecho, con arcadas. Alguien me ayudó a ponerme de pie. De nuevo, pasé la camisa ahora empapada y apestosa por la rejilla. De nuevo, me apoyé con un pie contra la pared del vagón. Era ahora o nunca; tenía que salir esta vez. Simplemente tenía que hacerlo. Respiré hondo. La discusión cesó tan rápido como había comenzado. Todos me observaban, algunos deseando que tuviera éxito. Crucé la mirada con Madeleine. Pensé en mi madre y, reuniendo todas mis fuerzas, tiré. Podía sentir que la rejilla se aflojaba. Alguien vino y se unió a mí. Juntos, tiramos, apretando los dientes, con los ojos cerrados. Un pequeño vítore estalló cuando la rejilla salió volando y mi compañero y yo caímos hacia atrás hechos un ovillo. ¡Lo habíamos conseguido!

El rabino Drucker levantó la mano. —Hemos decidido. Todos los que quieran saltar, pueden hacerlo. Pero, tened cuidado, será peligroso.

Nadie, ni una sola alma, respondió. Miré a Madeleine. Íbamos a estar solos en esto. Estaba bien, una pena, pero bien. —¿Quieres ir primero?

—No —dijo ella—. Ve tú.

—Déjame ir a despedirme de mi madre otra vez.

—No. —Me detuvo—. Solo será peor para ella. Ve ahora.

Asentí. —Una vez que esté fuera, no dudes.

—Antoine...

—¿Sí?

—Te quiero.

Quería abrazarla, besarla, pero con mis manos apestando a orina, no podía hacerlo.

Dos hombres ofrecieron sus manos entrelazadas como apoyo para el pie. Les di las gracias. Coloqué mi pie izquierdo en sus manos en forma de copa. —Vamos —dije, intentando darme valor. Me izaron. El hueco era estrecho, por supuesto, pero yo estaba muy delgado ahora. Me asomé hasta la mitad. La ráfaga de aire me golpeó, haciendo que mis ojos se humedecieran de nuevo. Equilibrándome mitad dentro, mitad fuera de la ventana, arrastré mi pierna izquierda hacia arriba. Me aferré, tambaleándome al borde, mientras subía mi pierna derecha. Luego, agarrándome al borde astillado de la ventana, me bajé hasta el acoplamiento que unía los dos vagones. El viento me azotaba, haciendo difícil respirar, mis mejillas temblaban. Parecía increíble que el tren, arrastrando tantos vagones, pudiera ir tan rápido. El campo pasaba en un borrón; mi visión nublada no podía darle sentido. Todavía era por la mañana; podía saberlo por la luz. Tenía que saltar, tenía que hacerlo ahora. Sabía que podía estar saltando a mi muerte; Dios sabe dónde podría aterrizar. Pero ya no había vuelta atrás. Tenía que hacerlo.

Con el corazón latiendo con fuerza, salté. Un segundo después, golpeé el suelo, quedándome sin aire. Impulsándome hacia adelante, rodé y rodé, deteniéndome solo al chocar contra un abedul plateado. No sentía ningún dolor aparte de mi estómago sin aire. Me tambaleé para ponerme en pie; tan mareado que mis piernas casi cedieron. El tren se alejaba de mí, expulsando vapor, el último vagón retumbando al pasar, la vía del tren zumbando. Parecía ir tan lento desde este ángulo. ¿Lo había hecho realmente? ¡Sí, lo había hecho! Había saltado del tren, ¡estaba libre!

Pero mi euforia duró apenas un segundo o dos, porque, ¿dónde estaba Madeleine? Entrecerré los ojos, desesperado por verla. ¿Dónde estaba? ¿Había saltado? Resistí el impulso de gritar, no podía llamar la atención, aunque, Dios sabe, parecía estar en medio de la nada aquí, solo el terraplén empinado a mi derecha, que subía hasta las vías del tren, y, a mi izquierda, campos y algunos árboles bajo un cielo plomizo. El tren desapareció tras una curva en la vía. Todavía podía oírlo, alejándose rápidamente mientras se llevaba a mi madre lejos de mí.

Recuperé el aliento. Empecé a caminar por un sendero pedregoso que corría a lo largo de la parte inferior del terraplén, con los ojos bien abiertos

buscando a Madeleine, todos mis sentidos alertas ante el más mínimo peligro. Quizá no lo había conseguido, quizá no había podido subir hasta la ventana, quizá había perdido el valor. No la habría culpado. Debía haber caminado medio kilómetro cuando vi, tirado sobre la hierba húmeda, un zapato. Lo recogí. Todavía estaba caliente; era de Madeleine. Miré alrededor, llamándola por su nombre. —¿Madeleine? Madeleine, ¿dónde estás?

—Estoy justo detrás de ti, Antoine.

Me di la vuelta y dejé escapar un pequeño grito: ahí estaba ella, despeinada, con la cara manchada de tierra, sin aliento, pero radiante; mi esposa, mi hermosa esposa.

París, septiembre de 1957

A nuestra hija le gustaba jugar al fútbol. De dónde sacó este interés, no lo sé. Era una cálida tarde de septiembre, con el primer indicio de frío haciéndose notar. Madeleine y yo nos sentamos en un banco de nuestro parque local viendo jugar a Agnès. Era difícil para ella; la mayoría de los chicos la apartaban. Después de todo, el fútbol era un juego de chicos, no para chicas. Pero aquí, en este parque, había encontrado un grupo de chicos que no solo la aceptaban sino que también reconocían, al principio a regañadientes, su habilidad. La observaba jugar, mi pecho hinchándose de orgullo, mientras Madeleine, a mi lado, leía su novela, sus ojos protegidos por su sombrero de paja.

Doce años habían pasado; doce años de felicidad. Madeleine y yo nos casamos tan pronto como terminó la guerra. No teníamos familia presente, ni amigos. Todos los que conocíamos habían desaparecido de nuestra existencia, dispersados Dios sabe dónde. Muchos, supongo, habían perecido. Pero nosotros habíamos sobrevivido. La mayoría de los días, era motivo de alegría; habíamos escapado de la muerte y salido del otro lado, heridos pero agradecidos de estar vivos. Otros días, resultaba más difícil de sobrellevar. Había dejado a mi madre enfrentarse al final sola. Debería haberme quedado con ella, haberle cogido la mano. Pero no lo hice. Elegí la vida. A menudo, soñaba con el tren. Soñaba con la gente, todos apretujados, el pánico, el miedo a lo que les esperaba. Me despertaba, empapado en

sudor. Madeleine me abrazaba, diciéndome que respirara, que todo estaba bien, que me quería.

Agnès nació un año después. La llamamos así por mi madre. Y desde el momento en que vi por primera vez su carita rosada y regordeta, supe que había hecho lo correcto. Las pesadillas cesaron.

Estalla un vítore. Agnès ha marcado un gol. Maldita sea, me lo he perdido; debería haber estado más atento. Me pongo de pie y aplaudo. Madeleine me hace bajar tirando de los faldones de mi chaqueta. —Siéntate, tonto. Nadie más está aplaudiendo.

Me siento. Ella se inclina y me besa la mejilla para mostrar que no hay mala intención. Le cojo la mano. A menudo, cuando Agnès era aún pequeña, hablábamos de lo afortunados que éramos, de lo orgullosa que mi madre habría estado de nosotros, de su nieta. Rara vez lo decimos ahora; no tenemos necesidad. Una sonrisa, un beso, un apretón de manos es todo lo necesario.

El partido ha terminado. Se recogen jerseys y chaquetas de chándal, el balón es devuelto al chico que lo posee. Se dan la mano, todo muy formal. Agnès trota hacia nosotros, sus mejillas sonrojadas, su cola de caballo aflojándose. —Buen gol, Agnès.

—No realmente. Tuvo un desvío afortunado.

Le beso la parte superior de la cabeza.

—¿Tienes hambre? —pregunta Madeleine.

—Me muero de hambre.

—No me sorprende —dije—. Venga, vámonos. —Me abroché el abrigo, contento de que nos dirigiéramos a casa.

Cuando nos marchábamos, Madeleine sugirió comprarle un helado a Agnès. Luego se encontró con alguien que conocía de la escuela, una compañera profesora. Las dos intercambiaron cortesías mientras Agnès acariciaba al perro de la mujer, un pequeño caniche negro. La mujer tenía un chismorreo que quería compartir con Madeleine, algo sobre la indiscreción de un

colega. Sutilmente, Madeleine la llevó hacia el puesto de helados, con Agnès y el perro siguiéndolas.

Me quedé atrás, sintiéndome un poco cohibido. Fue entonces cuando sentí una presencia cerca de mí, una sombra acercándose. Me giré y di un paso atrás al ver a una anciana con abrigo de camello de pie, completamente inmóvil, mirándome fijamente. Desconcertado, abrí la boca para preguntarle si estaba bien. Pero las palabras se deslizaron de nuevo por mi garganta. Era tan alta como yo, con un sorprendente pintalabios carmesí intenso para una mujer mayor, pensé. Estaba allí, inmóvil como una estatua, sujetando con fuerza un bolso de color púrpura, sus dedos jugando con el cierre. Conocía a esta mujer, estaba seguro; la había conocido antes, pero ¿dónde? ¿Cuándo? El recuerdo se me escapaba. El mundo se silenció a nuestro alrededor, solo éramos ella y yo. Podía oír vagamente a Madeleine y a su colega haciendo cola para el helado, podía oír vagamente al caniche ladrando, pero era esta mujer mayor la que me tenía fascinado, sus ojos clavados en los míos, sus cejas fruncidas. Ella también intentó hablar pero no pudo. Dio un paso tentativo hacia adelante, su sombra a mis pies. Respiró profundamente, sus ojos sin abandonarme ni por un segundo. Y entonces, finalmente, habló. —Estabas en el tren.

—Sí.

—Te he estado buscando estos últimos doce años. —Oí el temblor en su voz—. Siempre supe que este día llegaría.

—¿Quién eres? ¿También estabas en el tren?

Se subió la manga del abrigo y pude vislumbrar el número tatuado en la parte interior de su brazo.

—Después de que tú y tu esposa saltarais, cogí la mano de tu madre. Perdió el conocimiento. Pero cuando nos acercábamos al final del viaje, abrió los ojos y miró a su alrededor. Preguntó dónde estabas. Le dije que habías saltado. Su mano agarró la mía como un torno. Me dijo que pasara lo que pasara, tenía que sobrevivir y encontrarte, por mucho tiempo que llevara, dijo. Tenía que encontrarte y entregarte este mensaje. Te he buscado todos estos años. Dondequiera que he estado, he estado buscándote. Le hice una

promesa a tu madre. Tenía que cumplirla. Y te encuentro aquí, a solo cien metros de donde vivo.

—¿Qué dijo ella? ¿Cuál fue su mensaje?

La mujer se acercó más, extendiendo su mano. La tomé.

—Quería que supieras que estaba feliz de que hubieras saltado, feliz de que hubieras decidido vivir. Sus últimas palabras fueron... —Vaciló, y retiró su mano, secando una lágrima que se había formado en la comisura de su ojo —. Sus últimas palabras fueron "Ahora puedo morir en paz".

Miré boquiabierto a esta enérgica mujer frente a mí, y murmuré las palabras: —¿Ella dijo eso?

—Sí. Sí, lo dijo. Y luego, efectivamente, murió. Murió justo cuando nos acercábamos a las puertas.

—¿Era Auschwitz?

—Sí, era Auschwitz.

—¿Nunca lo vio?

—No. Murió a tiempo.

Me di la vuelta mientras algo parecía succionar el aire de mi cuerpo. Mi madre nunca lo vio, nunca vio el Infierno. Había sido perdonada, oh gracias a Dios, había sido perdonada. Me volví hacia la mujer. —Gracias. Muchas gracias por encontrarme, por decírmelo.

—Me alegro de haberlo hecho. Ahora puedo descansar tranquila. —Con eso, se dio la vuelta y se alejó rápidamente. Quería llamarla, pedirle que esperara, que me contara más. Pero me di cuenta de que no había nada más que decir. La observé hasta que mis ojos se nublaron con lágrimas, y no pude verla más.

Madeleine y Agnès regresaron, Agnès lamiendo su helado.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Madeleine.

Miré a mi hija y el rostro de mi madre brilló en su cara, con toda claridad, y nunca había experimentado una sensación de amor tan abrumadora.

Madeleine puso su mano sobre mi manga. —¿Antoine?

—Estoy bien —balbuceé.

—Pareces alterado.

—No. Estoy bien. De verdad. Ahora todo está bien.

Un tiempo para decir adiós

Los cuatro hombres se recostaron en sus sillas, incapaces de mirarse entre sí. El café se había llenado para la hora de la comida, casi todas las mesas ocupadas, cafés y aperitivos servidos en bandejas, una pareja discutiendo, su hijo jugando bajo la mesa con un coche de juguete, un grupo de adolescentes repartiendo cartas y fumando. Henri Moreau los observaba con envidia. Sí, ellos tenían sus propias presiones, se enfrentarían a obstáculos mientras avanzaban en la vida, pero nunca se enfrentarían a tal injusticia, tal penuria. La cabeza le palpitaba. ¿Por qué todos tenían que hacer tanto ruido? Los niños, especialmente, eran tan ruidosos. El olor del café, normalmente tan atractivo, le provocaba náuseas. Se arrepentía de haberles contado su historia a los demás. Había esperado que, después de tanto tiempo, le hiciera sentir mejor. No fue así. Debería haberlo dejado atrás; ¿por qué lo había removido? También se arrepentía de haber escuchado sus historias. Algunas cosas es mejor dejarlas sin decir. Pensó en su hija y su nieta. Venían desde Aix-en-Provence, tomando el tren. No podía esperar a verlas, a disfrutar de su compañía, de su charla inocente.

Garnier se subió las gafas por la nariz. —¿Es por eso que siempre estás tan animado, Antoine? ¿Porque tu madre te perdonó?

—Sí, creo que es por eso.

—Un mensaje desde más allá de la tumba —dijo Roger Béart, dando golpecitos con el dedo en la caja de cerillas de Garnier.

—Absolutamente. Mi vida cambió ese día, el día que aquella mujer me encontró. Nunca la volví a ver, aunque dijo que vivía cerca del parque. Nunca supe su nombre, pero pienso en ella a menudo.

—Tuviste suerte —dijo Moreau.

—No estoy seguro de que llegaría a tanto —dijo Leclerc.

—Un consuelo, entonces.

Leclerc lo pensó un momento. —Sí, tienes razón. Un consuelo.

—Necesito irme —dijo Moreau.

Los demás le miraron y se miraron entre sí. Uno por uno, se levantaron.

—Ha sido bueno hablar —dijo Garnier—. Sacarlo todo a la luz después de tanto tiempo.

—Sí, fue una buena idea —dijo Leclerc—. Gracias, Roger.

Béart sonrió brevemente. —No estoy seguro de que haya ayudado.

—Oh, pero sí lo ha hecho —dijo Leclerc—. ¿No lo crees así, Henri?

—¿Eh? Sí. Seguro.

Los hombres recogieron sus abrigos y los periódicos. Henri se ajustó el sombrero en el espejo que llevaba el logo de Coca-Cola. Juntos, caminaron hacia la salida, dando las gracias a Jean al pasar, un desfile de hombres silenciosos entre el ruido y el bullicio de la vida del café. Se quedaron fuera, adaptándose al frío, formando un círculo de incomodidad. Se estrecharon las manos, se desearon lo mejor y dijeron cómo todos esperaban reunirse de nuevo la semana siguiente. Luego, se dieron la vuelta y cada uno se fue por su lado.

Pero, sin que ninguno lo supiera, ninguno de ellos apareció la semana siguiente. Ninguno podía enfrentarse a ver a los demás, pensando que quizás lo dejarían para otra semana. Pero la segunda semana vino y se fue, y la tercera, la cuarta. Y aún así, ninguno de ellos podía enfrentarse a ver a los demás.

Nunca volvieron a verse.

*

Henri Moreau caminaba hacia casa, con las manos en los bolsillos, el ala de su sombrero bajada. Tantos pensamientos dando vueltas en su cabeza, tantos recuerdos, tanta culpa. Le pesaba. Hoy, 17 de octubre de 1968, habría sido el cumpleaños de Marguerite. El viento otoñal levantaba hojas a sus pies. Pasó por la barbería y pudo ver a Jacques, el enano, de pie sobre su caja, todavía trabajando duro, aún cortando pelo. Pasó la estación de Metro y esperó que su esposa hubiera tenido un buen día fuera, suponiendo que ya estaría en el apartamento.

Pasó por el parque con su estatua del siglo diecinueve. Un niño y una niña jugaban con un frisbee mientras el padre se sentaba en un banco leyendo el periódico. Moreau se preguntó si él también habría leído sobre los atletas negros en las Olimpiadas y sobre el director de orquesta y el juicio del guardia de Drancy. Se preguntó qué haría ahora el director. ¿Sobreviviría intacto o sería su fin? La prensa se le estaba echando encima. La guerra podría haber terminado hace casi un cuarto de siglo, pero a la gente aún le encantaba cuando exponían a un colaborador o simpatizante, alguien sobre quien pudieran verter su desprecio y colgar para que se secara. Cuanto más brutal, mejor para enterrar sus propios sucios secretos. Muchos habían hecho cosas mucho peores durante la guerra. ¿Cuántos podrían realmente levantar la cabeza y decir que no han hecho nada de lo que avergonzarse? El hombre se mide por su peor acción. Ahora deseaba no haber expuesto su secreto más oscuro. Una cosa era tenerlo pudriéndose por dentro, pero lo había dejado salir. Ahora le juzgarían, para siempre. Podrían contárselo a la gente, que a su vez... Lo peor de todo era que cada vez que intentaba conjurar el rostro de su hija, todo lo que veía era su figura arrugada en el patio de Drancy, el brillante rojo y amarillo de su osito de peluche tirado a su lado. Y escuchaba su voz, gritando el nombre de Marguerite, la crudeza de ello resonando en el aire.

Llegó a su apartamento en el cuarto piso para ser recibido por Hetty, ronroneando y queriendo atención. Deambulando hacia la cocina, pudo notar que Isabella había regresado y obviamente había salido de nuevo. Llenó la tetera con agua fría y la puso sobre el fogón de gas. Abrió una lata de comida para gatos. Hetty saltó al mostrador, ansiosa por su cena. — Tranquilízate, pequeña. Tranquilízate.

Se sentó a la mesa de la cocina, con la cabeza entre las manos, respirando el aroma de la carne para gatos. Se preguntó si habría algo que pudiera hacer para ayudar a Isabella - pelar unas patatas, quizás, cortar una o dos cebollas. Necesitaba normalidad, anclarse en lo cotidiano y su reconfortante monotonía.

En cambio, se arrastró hasta el dormitorio. Olía, como siempre, al perfume de su esposa, y se permitió una sonrisa. Abrió las cortinas que cubrían la puerta de cristal que daba al balcón. La cama estaba hecha, las numerosas

almohadas esponjadas. Echó un vistazo al punto de cruz enmarcado con la Torre Eiffel; nunca le había gustado. Prefería la lámina sobre la cama, la del Paisaje en Pontoise de Pissarro. Siempre le había gustado la viveza de los árboles, los sólidos edificios del pueblo y el empinado campo detrás. Un libro yacía sobre la mesa redonda del lado de Isabella, un Georges Simenon. Sobre la cómoda, una fotografía enmarcada de su hija y su yerno y Ruby, su nieta, una foto oficial, tomada en un estudio. La pareja se divorció poco después. Tomó la foto. Suzanne, su hija, había heredado los genes italianos de su madre, todo pelo oscuro y mucho gesticular con las manos. Como padre e hija, nunca habían sido cercanos. El asunto había sido enteramente culpa suya. Pobre Suzanne, siempre había vivido bajo la sombra de la hermana que nunca conoció, y la presencia de Suzanne era un recordatorio diario de cómo él, Henri Moreau, había fallado tan terriblemente. Nunca la había amado lo suficiente, nunca la había amado como un hombre debe amar a su hija. Pero de alguna manera, y por razones que no podía entender, y mucho menos articular, con la Pequeña Ruby era diferente. Era casi como si, habiendo saltado una generación, se le permitiera amar de nuevo. Y vaya si la amaba. Adoraba a su Pequeña Ruby. Aunque solo tenía tres años, le recordaba tanto a Marguerite. Los mismos ojos, esa curiosidad de ojos abiertos, la misma sonrisa con hoyuelos. Siempre tenía que prepararse para verla, asegurarse de que estaba concentrado, en el aquí y ahora, que veía a Ruby frente a él, y no un fantasma de esos días oscuros e implacables. Volvió a colocar la foto sobre la cómoda. —Vive bien, vive mucho, mi querida —susurró.

Abrió las puertas dobles y salió al balcón. El día se había vuelto más frío. Tembló un poco mientras contemplaba la ciudad y escuchaba el constante zumbido del tráfico. Las nubes rodantes se habían oscurecido pero el día todavía era lo suficientemente claro como para ver la Torre Eiffel en la distancia. Miró hacia la familiar calle de abajo - los toldos de las tiendas del lado opuesto, las sillas amarillas de plástico del café, un hombre solitario sentado allí, los coches aparcados, una fila de scooters. Vio a un hombre que caminaba rápidamente por el paso de peatones, llevando una escalera. Podía oír a niños gritando pero no podía verlos. Solo tomaría un segundo. Y entonces todo habría terminado, los años de vergüenza, la memoria manchada de su hija. Si tan solo no hubiera hablado hoy. No había ayudado

en absoluto, no le había librado de sus demonios; en cambio, había hecho las cosas cien, mil veces más difíciles. Los demonios estaban chocando contra él, había expuesto su vergüenza despreciable y sabía que habían pensado mal de él, como, de hecho, él había pensado mal de ellos. Ya no podía soportarlo más, el recuerdo de ese día, el chasquido del disparo del rifle, el sonido de sus gritos, su pequeño cuerpo arrugado. Vivir con ello, día tras día, era una tortura. Se odiaba a sí mismo y sabía que siempre lo haría. Pero sabía que podía librarse del tormento - sería fácil; no tardaría mucho, solo un momento, eso era todo. Solo un momento. Simplemente pasar una pierna sobre la barandilla, luego la otra. Se estaba haciendo viejo, estaba perdiendo la memoria, lo sabía. Solo empeoraría. Le estaría haciendo un favor a todo el mundo. Era demasiado pedir que Isabella lo cuidara mientras empeoraba progresivamente. Mucho mejor salvarla, y salvarse a sí mismo de la indignidad.

La barandilla era demasiado alta. O tal vez él era demasiado viejo ahora para levantar la pierna tan alto. Necesitaba un taburete. Volviendo dentro, tomó la mesita de noche de Isabella y la llevó de vuelta afuera. Y entonces recordó algo. De vuelta al interior, fue a la sala de estar y rebuscó en un conjunto de cajones. Estaba aquí en alguna parte, estaba seguro. Sacó carpetas de correspondencia, viejos libros de bolsillo y pasaportes caducados, tirándolos todos al suelo, tal era su prisa. Hetty vino a saludar. La apartó. Oyó el inodoro de al lado descargando. Y entonces lo vio, el frágil sobre marrón. Su corazón se aceleró. Dudó, pasando el dedo por la textura seca, tratando de encontrar el valor para hacer algo que no había hecho en muchos, muchos años. Tenía que hacerlo; había llegado el momento. Suavemente, levantó la solapa del sobre y sacó el único elemento del interior, boca abajo. Sus ojos observaron la letra de su esposa, su primera esposa. 11 Août 1939. Eso era todo, solo la fecha, un mes antes de la guerra. Respiró hondo y contuvo la respiración, consciente ahora del contento ronroneo de Hetty cerca. Lentamente, dio la vuelta a la fotografía. Vio su rostro sonriente por un momento antes de apretar los ojos. Forzando sus ojos a abrirse, lo intentó de nuevo. Su corazón latía con fuerza al ver su rostro de nuevo. La similitud entre Marguerite y Ruby era inconfundible; eran tan parecidas. Habían estado en un paseo por el campo. Marguerite solo tenía tres años cuando él tomó la foto, su pelo despeinado ocultando

parcialmente un ojo, la mano de su madre descansando sobre su hombro. Recordó que ella se había asustado por un perro grande y él había tenido que llevarla en brazos un rato. Hoy mismo cumpliría treinta y tres años. Qué desperdicio, un terrible desperdicio. Colocó la foto en el bolsillo interior de su chaqueta.

Miró hacia el montón de papeles y libros en el suelo de la sala. Tendría que recogerlo antes de que Isabella regresara y antes de que Suzanne y Ruby llegaran. Primero, necesitaba cerrar la puerta del dormitorio; podía sentir la brisa desde aquí. Al pasar por la cocina, tomó una caja de cerillas y, cubriendo sus manos, encendió el fogón de gas bajo la tetera.

De vuelta en el dormitorio, miró la pequeña mesa, que parecía un taburete, que había colocado en el balcón. Se quedó allí, el viento despeinando su cabello, y la miró fijamente. El tiempo se ralentizó. Los ruidos de la calle muy por debajo se amortiguaron antes de desvanecerse. Un delgado rayo de sol atravesó las nubes. Con cuidado, se subió al taburete, esperando que aguantara su peso. La parte superior de la barandilla estaba ahora a la altura de su cintura. Un momento de valor, eso era todo lo que necesitaba. Solo un momento. Permaneció allí unos segundos, balanceándose sobre el taburete, con los pies apretados. Miró hacia abajo de nuevo a la calle. Un camión pasó, dejando humos de escape negros a su paso. Recuperó la fotografía de su chaqueta. Pasó su dedo por el rostro de ella. —Marguerite, mi amor. Marguerite. Marguerite.

Apenas era consciente de un silbido agudo, cuya estridencia se intensificaba. El silbido ocultó el ruido de la llave en la puerta, de la puerta abriéndose. No escuchó las voces - las de su esposa e hija, preguntándose por qué Henri había dejado hervir la tetera. Besó el rostro de Marguerite. Todavía sosteniendo la foto, usó sus manos para izar una pierna sobre la barandilla. Acomodó su trasero sobre ella. Solo un momento de valor. Contuvo la respiración. La puerta del dormitorio se abrió de golpe. —¡Abuelito, abuelito! —La voz aguda de Ruby lo atravesó.

—¿Marguerite? Oh, mi niña querida. ¿Eres tú, Marguerite?

Ruby se quedó en la puerta del balcón, con una expresión inquisitiva en sus ojos. —¿Qué estás haciendo, abuelito?

—¿Qué? ¡Oh! Yo, eh... —Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras se maniobró para bajarse de la barandilla y del taburete—. Oh, Ruby, oh qué encantador. Lo había olvidado por completo.

—¿Por qué estás en la barandilla, abuelito?

Se limpió los ojos con el dorso de la mano. —¿Lo estoy? Oh, cielos. Espera un momento. —Cerró los ojos con fuerza e intentó recuperar el aliento, tratando de volver a poner los pies en la tierra.

—¿Quién es Marguerite? —preguntó su nieta.

—¿Marguerite? —Apenas podía hablar—. Oh, nadie; nadie en absoluto. Escucha, mi amor, no le digas a tu madre, ¿eh?

Ella negó con la cabeza.

—Buena chica. Buena chica.

La foto se le escapó de los dedos. —¡No! —exclamó. Una ráfaga de viento la arrebató de su alcance. Se quedó suspendida un momento antes de flotar rápidamente hacia abajo y lejos y lejos y lejos—. ¡Noooo! ¡Marguerite, Marguerite, Margueriiiiiite!

DRANCY: Nota histórica.

El primero de los sesenta y cuatro transportes desde Drancy partió el 22 de junio de 1942; el último el 31 de julio de 1944. 64.759 judíos fueron deportados desde Drancy, de los cuales aproximadamente 61.000 fueron enviados a Auschwitz-Birkenau. Menos de 2.000 sobrevivieron.

Una nota del autor

¿Te gusta la ficción histórica? Comienza aquí tu próximo viaje inolvidable.

La Serie de Amor y Guerra

Ficción histórica con corazón y drama.

Novelas intensas y llenas de emoción ambientadas en los años más oscuros del siglo XX.

La saga de los Searight

Una familia. Tres generaciones. Tres historias épicas.
Un soldado. Una enfermera. Una historia de amor que resuena a lo largo del siglo. Ficción histórica en su máxima expresión… Tres novelas cautivadoras que siguen el destino de una familia desde la Primera Guerra Mundial hasta el inicio del nuevo milenio.

No dudes en contactarme por correo electrónico: rupert@rupertcolley.com.

Detalles completos: **https://rupertcolley.com/international/spain/**